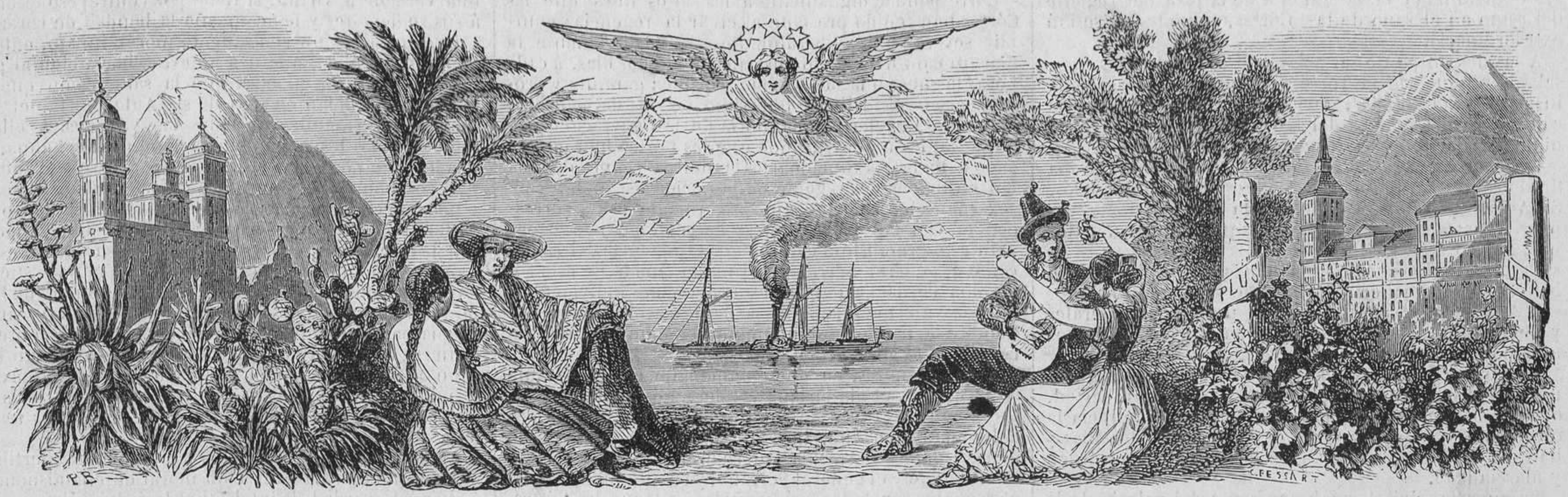


Sevilla

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 13 de la *Moda*.

1869. — Tomo XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

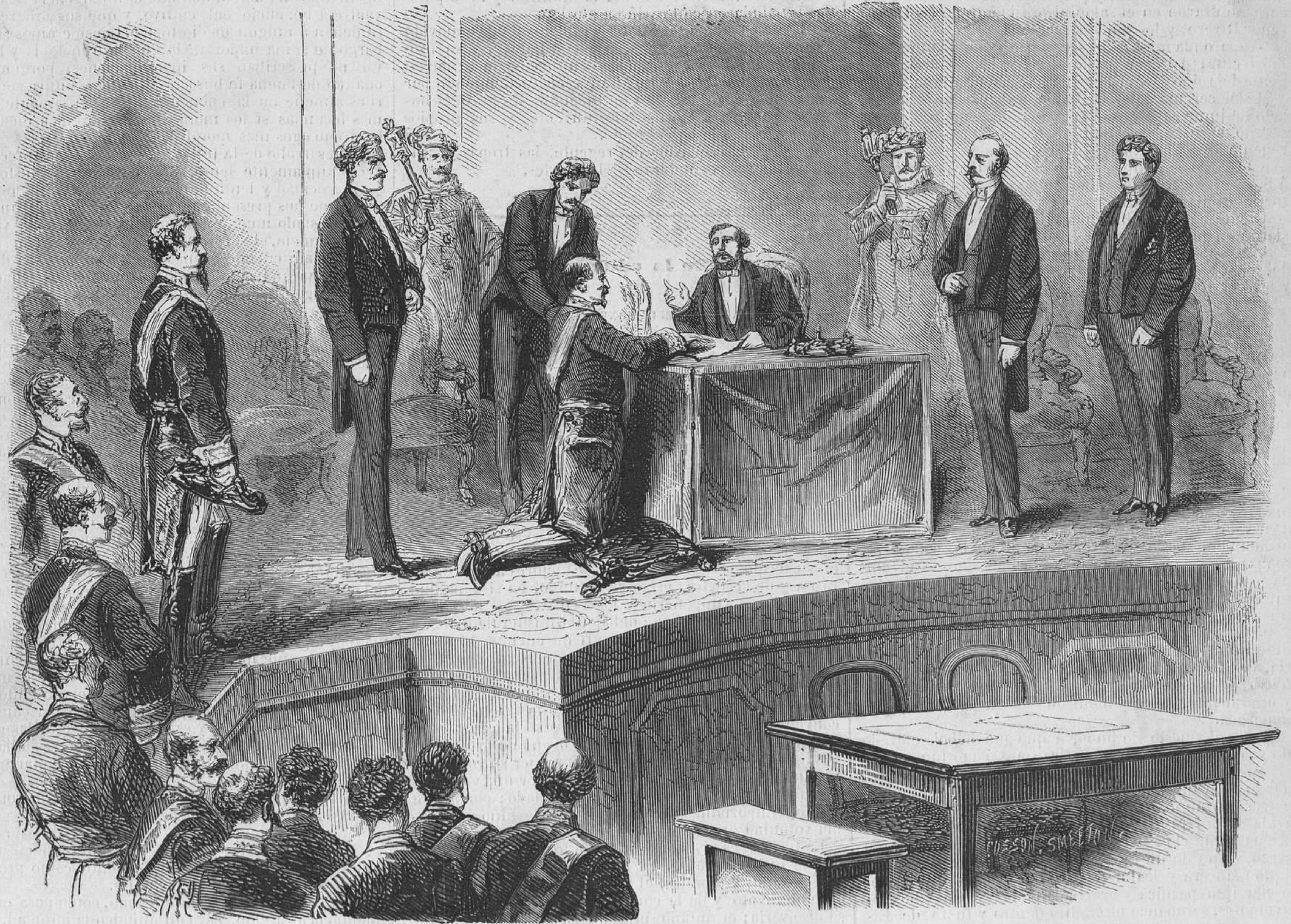
AÑO 28. — N° 861.

### SUMARIO.

Sucesos de España; grabado. — De la educacion considerada en sus relaciones con la salud y con la sociedad. — El vi-

rey de Egipto en Paris; grabado. — La Exposicion de Bellas Artes de 1869; grabado. — Revista de Paris. — Poesia. — El cable trasatlántico francés; grabados. — La Damsela del castillo. — Alberto Grisar; grabado. — Exposicion permanente

de Bellas Artes en Fontainebleau; grabado. — El bosque de Vincennes; grabado. — Usos y costumbres. — El llanto de la vida. — Problemas de ajedrez; grabado. — Las nuevas adquisiciones del Jardin de Plantas; grabado.



SUCESOS DE ESPAÑA. — El regente del reino, general Serrano, prestando juramento á la Constitucion



## Sucesos de España.

EL REGENTE DEL REINO, GENERAL SERRANO, PRESTANDO JURAMENTO A LA CONSTITUCION.

El día 18 de junio se ha efectuado en Madrid con gran solemnidad la ceremonia de la jura del regente del reino en el seno de las Cortes, reunidas en sesión extraordinaria.

A las dos en punto, al primer disparo de las salvas, salió el duque de la Torre del palacio de la antigua inspección de Milicias, dirigiéndose en coche por la calle de Alcalá, Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo al palacio de las Cortes.

El coche del servicio particular del señor duque iba tirado solo por dos caballos, modestamente enjaezados. Su Alteza iba solo. Al estribo de la derecha iba el capitán general de Madrid, y á la izquierda el señor Gomez Pulido.

Precedían al coche seis ayudantes y dos piquetes de batidores de caballería del ejército y de voluntarios.

Detrás del carruaje iban gran número de generales y una considerable escolta, que daba gran brillantez al conjunto de la comitiva.

La carrera estaba cubierta por las tropas de la guarnición de Madrid y por los voluntarios de la Libertad, ocupando el ejército una de las aceras y la milicia la otra. Ambas fuerzas estaban formadas en dos filas y han maniobrado para la formación con el mayor orden y marcialidad.

La guardia civil formaba enfrente del palacio de la representación nacional.

La artillería formaba en el espacio de la Carrera inmediato al Prado, y en este paseo la caballería.

En la puerta del palacio de las Cortes descendió el duque de la Torre del carruaje y subió la escalinata de la entrada principal del Congreso, donde fué recibido por la comisión nombrada de antemano por las Cortes para recibir y despedir al regente. Esta comisión la componían: señores Ortiz de Pinedo, Calderon Herce, Silvela, Rojo Arias, Calderon Collantes, Salmeron, De Blas, Merelo, Prieto, Baldrick, Ulloa D. A., Gasset, Sanchez Borquella, Godinez de Paz y Anglada.

Estaban además nombrados como suplentes: señores Martinez Ricart, Carrascon, Soriano, De Pedro, Monteverde y Marquina.

La entrada principal desde el pórtico al salón de conferencias, inclusa la escalinata, estaba cubierta de una elegante alfombra y los balcones colgados.

A la misma hora en que se habia puesto en marcha el duque de la Torre, y precedidos de los cuatro maceros, entraron en el salón el presidente de las Cortes, señor Rivero, y los señores secretarios.

Ocuparon la mesa, y el secretario señor Llano y Persi dió lectura del decreto de las Cortes nombrando regente del reino al Sr. D. Francisco Serrano y Dominguez, y el del ceremonial que habia de guardarse para el acto de jurar su cargo el regente del reino.

Acto seguido, la comisión encargada de recibir al regente abandonó el salón, precedida de los maceros.

A los pocos minutos, volvió la comisión precediendo á S. A. el regente del reino, que vestia el gran uniforme de capitán general.

Al entrar en el salón todos los concurrentes se pusieron en pié.

S. A. subió al estrado, se arrodilló y juró en manos del señor presidente de las Cortes. Después tomó asiento y leyó el discurso siguiente:

Señores diputados:

Con la creación del poder constitucional que os habeis dignado confiarme y que acepto reconocido, empieza un nuevo periodo de la revolución de setiembre. La época de los graves peligros ha pasado ya, y comienza otra de reorganización en que nada tenemos que temer como no sea de nuestra propia impaciencia, de nuestra desconfianza ó de nuestras exageraciones.

Hemos levantado primero la losa que pesaba sobre España y nos hemos constituido después bajo la forma monárquica, tradicional en nuestro pueblo; pero rodeada de instituciones democráticas. Ahora es llegado el momento de desenvolver y consolidar las conquistas realizadas y de fortalecer la autoridad que es el amparo de todos los derechos y el escudo de todos los intereses sociales, estrechando al mismo tiempo nuestras relaciones diplomáticas con las demás potencias.

Difícil es la empresa para mis débiles fuerzas, pero me infunden confianza en el éxito vuestra alta sabiduría, la adhesión decidida de todo el ejército de mar y tierra, el esforzado patriotismo de la milicia ciudadana y el espíritu sensato y nobilismo de nuestra nación regenerada.

Desde el puesto de honor á que me habeis elevado no veo los partidos políticos: veo el Código fundamental que á todos obliga y á mí el primero, y que será por todos obedecido y acatado: veo á nuestra querida patria tan ansiosa de estabilidad y de reposo como ávida de progreso y libertad; y por último, como suprema aspiración en el desempeño de mi honroso cargo, el fin de un interregno durante el cual se practiquen sincera y lealmente la Constitución del Estado, se ejerciten pacífica y ordenadamente los derechos individuales, se afiance el crédito dentro y fuera de España, y se aumente la libertad sobre la base firmísima

del orden moral y material, para que el monarca elegido por las Cortes Constituyentes comience su reinado próspero y feliz para la patria, á la que he consagrado y consagro todos mis afanes, todos mis desvelos y mi existencia toda.

El Sr. PRESIDENTE: Las Cortes Constituyentes han oído con viva satisfacción las nobles palabras, los levantados propósitos del regente que acaban de elevar por la casi unanimidad de sus votos.

Corresponder dignamente á los altos fines que las Cortes han tenido presente al crear la regencia; cumplir severamente, liberalmente y cuidadosamente la Constitución del Estado; practicar todos los días, á cada hora, la soberanía del pueblo español; garantizar y proteger el ejercicio libre, libérrimo de los derechos individuales que forman la gloria de la generación presente, tal es la obra grande que las Cortes han encargado á todos los funcionarios públicos y que depositan en manos del regente de la nación española.

Y menester es convenir que á nadie podía corresponder con tanto derecho, si derecho pudiera haber para este grandísimo cargo, para la regencia del reino, como al general Serrano, porque el cuidar de esta soberanía de la nación, de estos derechos individuales, de estas gloriosas conquistas de la revolución de setiembre á nadie, absolutamente á nadie toca mas de cerca que al general Serrano.

El día, señores, en que se amengües esta soberanía de la nación, el día en que los derechos de los españoles se conculcaran ó se vieran menguados, el nombre del general Serrano, hoy tan glorioso, y el recuerdo gloriosísimo de Alcolea, se sepultarian en la nada. Cuenta, pues, el general Serrano, y cuenta bien; cuenta el regente con todos los españoles, porque las Cortes, porque el ejército, porque la milicia, porque el pueblo, porque todos nosotros, no tenemos, con el regente de la nación española, de hoy en adelante, mas que una sola bandera, todo para la patria, y todo por la patria. (Bien, muy bien.)

Terminado el discurso del señor presidente, entre las muestras de aprobación abrazó el regente al presidente y se retiró saludando al concurso que puesto nuevamente de pié le despidió con un entusiasta «viva el regente», seguidos de otros vivas á España, á la Constitución, á la soberanía nacional, que inició el señor presidente, y al presidente de las Cortes; vivas que hallaron eco entusiasta en todos los circunstantes.

El regente entró en el salón de sesiones acompañado de la expresada comisión y allí hizo el juramento.

Terminado el acto volvió á salir el señor duque de la Torre y se dirigió á su morada de la presidencia por el mismo camino que habia llevado.

Al salir del palacio de la representación nacional fué arduosamente victoreado por la multitud y los diputados le saludaron con cariñosa efusión.

El nuevo regente estaba visiblemente conmovido hasta el punto de que apenas podía hablar, y su fisonomía, pálida como nunca, denunciaba la agitación en que se hallaba sin duda su espíritu dominado por su excesiva modestia, aun en medio de los grandes honores á que las Cortes Constituyentes y sus propios merecimientos lo han elevado.

Después de la partida del regente, las tropas y milicia desfilaron por delante de las Cortes.

## De la educación

CONSIDERADA EN SUS RELACIONES CON LA SALUD Y CON LA SOCIEDAD.

(Conclusion.)

La firmeza es una sensación que impele al hombre á hacer prevalecer su voluntad propia sobre la de los demás. Esta facultad puede ser funesta si un buen juicio no la domina. Cuando es defectuosa, el hombre carece de resolución, y de constancia para luchar con los vaivenes de la suerte, y se abate al mas pequeño contratiempo. Siendo excesiva, el hombre se aferra á sus ideas hasta cuando él mismo las considera absurdas; en su terquedad se estrellan las mejores armas de la razón y de la lógica; erige su voluntad en sistema que se empeña en imponerle á los demás, y es déspota é injusto para los que tiene debajo, al mismo tiempo que enemigo turbulento de los que tiene encima. El hombre ha de ser perseverante dentro de los límites de la justicia, fuera de los cuales la perseverancia es una iniquidad. Debe ser constante en sus convicciones, mientras las considere fundadas en la razón y en la conveniencia general, y proscribirlas si la razón y la conveniencia general le dicen que las ha de proscribir. Débil como es si se acostumbra á imponer su voluntad, un día ú otro la encuentra dominada por una voluntad mas fuerte, y entonces es muy desgraciado; por lo que es muy importante acostumbrarle desde niño á no tener voluntad propia mas que para sostener la verdad.

La justicia es el sentimiento de lo justo y el amor á lo que justo se siente. Es la síntesis de las facultades intelectuales y morales, el fruto de la santa copia del entendimiento y de la conciencia. Sin ella la sociedad se disolvería; el mundo seria un caos; el derecho de la fuerza el único derecho. Cuando este instinto con-

servador de la sociedad se halla poco desenvuelto, el individuo es indiferente al bien y al mal, á la virtud y al crimen; mira con impasibilidad las desgracias de sus semejantes, y no vacila en acarreárselas él mismo, si así se lo dictan sus cálculos egoistas. El desarrollo excesivo de esta facultad vuelve al hombre nimiamente escrupuloso, rígido y severo en demasía, intolerante en su conducta, inexorable, implacable con todos los deslices y debilidades humanas. Sin embargo, es siempre una verdadera virtud, si tiene por contrapeso el amor á sus semejantes y le acompaña la bondad de corazón.

La bondad es un sentimiento moral innato, enteramente evangélico, que nos mueve á hacer bien al prójimo sin mas recompensa que la satisfacción que los buenos actos dejan en pos de sí. Antagonista del crimen, es el manantial de todas las virtudes. A ella se refieren todos los movimientos generosos del alma, todos los que no tienen el egoísmo por base y el individuo por objeto; la simpatía, la afectuosidad, la hospitalidad, la clemencia, el desprendimiento, la filantropía. El hombre que tiene poco desarrollada esta facultad es cruel, insensible, perverso, es un ser degradado, es un monstruo. Ayudado este bello instinto por la justicia y circunspección, para que el candor del hombre de bien no sea explotado por la malicia, y no sirva la virtud propia para fomentar vicios ajenos, pone al hombre en la tierra tan cerca de Dios como es posible. Es un instinto que se halla en el Evangelio elevado á máxima religiosa, encareciéndolo el Hombre-Dios en estas palabras tan sencillas como sublimes: *Amaos los unos á los otros.*

La educación intelectual es la que tiende á fertilizar el pensamiento. La educación moral enseña al hombre á querer la verdad, la intelectual le enseña á conocerla. Cada una de estas educaciones es insuficiente para formar un hombre completo; el hombre puede obrar mal por ignorancia ó por malicia, y por esto es necesario educar su entendimiento y su conciencia, su cabeza y su corazón; la cabeza para que encuentre el error, y el corazón para que lo huya.

Aunque hay muy poca conformidad entre los autores con respecto al número de actos intelectuales, es indudable que el entendimiento es una facultad instintiva ó tal vez un complejo de facultades distintas que adquiere por medio de la educación distintas formas y desarrollo, y que ejerce sobre nuestra economía y organización una influencia manifiesta. Poco importa saber si las distintas formas con que se presenta el entendimiento son otras tantas facultades que reconocen distintos orígenes, que proceden de órganos diferentes y que en consecuencia son mas ó menos susceptibles de localizarse por medio de la frenología; dependen de uno solo ó de muchos órganos, la experiencia de todos los tiempos ha acreditado que la inteligencia se desenvuelve á beneficio del cultivo, y que sus progresos no se deben á ningún medio tóxico. Consideramos sin embargo de suma importancia que la frenología y la moral no prosciban sus investigaciones, porque estas cuando de buena fe buscan la verdad, nunca son estériles aunque no la encuentren, y seguramente serian mas fecundas si los moralistas fuesen mas médicos y los frenólogos mas moralistas.

El desarrollo de la inteligencia es á veces precoz y á veces sumamente lento, ofreciéndonos la historia de su precocidad y lentitud ejemplos casi maravillosos. En tanto que nos presenta al célebre Pitt que era un hombre de Estado mucho antes de llegar á la edad viril; y á Mangiamele, el sorprendente siciliano que en su mas tierna edad, cuando apenas sabia leer, resolvía de memoria y en un instante las mas complicadas ecuaciones que el álgebra puede someter al cálculo de un matemático profundo; á Bellini que murió jóven, y jóven también á Bichat, á esa lumbrera eterna de la medicina; á Napoleon que reveló su genio en sus primeros años, cuando no era mas que cadete; á Torcuato Tasso, de quien se dice que á la edad de siete años poseía ya varios idiomas; nos presenta en contraposición á un Jorge Gordon, al primer poeta de Inglaterra, que se hizo famoso entre sus discípulos por su ignorancia, y al filósofo de Ginebra que hasta á los cuarenta años no empezó á escribir las inmortales páginas que, á pesar de no ser francés, le han señalado un puesto de preferencia al lado de su rival Arouet, en el magnífico panteón que la Francia reconocida consagró desde la muerte de Riqueti á la memoria de sus grandes hombres.

Es muchas veces conveniente oponer á la precocidad del entendimiento una educación especial que consiste en distraer los estímulos que pueden excitarlo, pues de su exaltación resulta con frecuencia una verdadera manía y algunas veces un colapso cerebral á que sigue inmediatamente una demencia casi siempre incurable. Mas difícil es seguramente reprimir el vuelo de un entendimiento precoz que excitar un entendimiento apático, á no ser que esta apatía reconozca por causa un vicio de organización, y es inútil decir que las reglas que se han de seguir para excitar el uno se hallan en diametral oposición con las que deben adoptarse para calmar la otra.

Condillac que, sintético como todos los filósofos de su época, procuraba explicarse los fenómenos por el menor número de principios posible y tendía á reunir la simplicidad de las causas á la multiplicidad de los efectos, establecía la facultad de sentir como premisa de todas las facultades intelectuales.

Para él la sensibilidad lo era todo, como para un astrónomo la atracción, para un químico la afinidad, para un filósofo la vida, y ciertamente su teoría merecía



tenerse en consideracion, aunque tal vez es mas ingeniosa que sólida. Segun él la sensacion ó percepcion es la primera facultad que el alma pone en juego; si el alma se fija exclusivamente en una percepcion por ser mas viva que las demás, entonces hay atencion, á la cual sigue la comparacion, que no es mas que una atencion doble, á la que va unido irresistiblemente el juicio. Si de un juicio se pasa á otro que procede del primero, queda establecido el raciocinio; al raciocinio sucede la reflexion, que consiste en la detencion del alma sobre lo mismo que ha concebido. Por último, la imaginacion y la memoria consisten solamente en la revelacion que hace el alma de sus distintas percepciones. Los actos del entendimiento considerados de este modo forman una cadena, cuyo eslabon primero es la sensacion, ó por mejor decir todos ellos no son otra cosa que sucesivas transformaciones de la sensacion primitiva.

¡Cuán distinta es la teoria de Condillac de la opinion de Laromiguière, quien afirma que la sensacion no solo no es una facultad del alma sino que esta es enteramente pasiva al recibir las impresiones, y que solo empieza su actividad cuando se aplica á un objeto determinado, lo que equivale á decir que las facultades del alma empiezan en la atencion!

No falta quien dice que no hay dependencia alguna entre los distintos actos ó atributos de la inteligencia y de consiguiente los unos se refieren á los otros, fundando su opinion en la diferencia de intensidad que han creído notar entre ellos, pues alguno puede ser muy vivo, otro serlo menos y otro ser casi nulo enteramente.

Las consideraciones aducidas por los frenólogos nos dicen que esos atributos generales, que hasta ahora habian sido considerados como facultades fundamentales y primitivas, son comunes á cada una de ellas y que todas de consiguiente proceden de la accion de los gangliones cerebrales. Este sistema tiene en efecto el apoyo de la observacion, pues todos sabemos que muchos individuos juzgan perfectamente sobre ciertas materias y sobre otras juzgan muy mal, que algunos dan pruebas de mucha imaginacion aplicándose á ciertas artes y ninguna aplicándose á otras, siendo esto lo mas general, pues pocos ejemplos se nos citan de genios como el de Miguel Angel quien logró sobresalir igualmente en la pintura, en la arquitectura, en la escultura y en la poesia escrita. Todo era vehículo de las inspiraciones de aquel hombre soberano; el buril, la pluma y el pincel. Pero Miguel Angel es un fenómeno; lo mas comun, como hemos dicho, es ser especial en ciertas materias. Uno de los escritores mas célebres de la Francia contemporánea, notable principalmente por la armonía, unidad, orden y precision casi matemática que resalta en sus mas variadas concepciones, jamás, segun su confesion propia, pudo aprender debidamente las cuatro primeras reglas de la aritmética.

Segun el buen ó mal ejercicio de sus funciones, los órganos cerebrales se afectan agradable ó desagradablemente, y así es que el placer y el dolor han sido tambien considerados como afecciones comunes á todos ellos. Igualmente supone la frenología que los órganos cerebrales son susceptibles de experimentar modificaciones debidas á influencias exteriores y modificaciones dependientes de causas que obran en el interior del individuo. El miedo, el arrepentimiento, los celos, etc., son afecciones que se refieren al órgano de la propia defensa, al de la conciencia, como ellos dicen, al de la aprobatividad, etc.

La conducta, el carácter y la capacidad de cada individuo depende del mayor ó menor desarrollo de tal ó cual órgano, de la educacion que cada cual ha recibido, del hábito y del ejemplo. Al mismo tiempo la frenología presume que cada órgano especial de la masa encefálica corresponde á una prominencia que se manifiesta en el cráneo hasta el punto de poderla el tacto percibir por encima del cuero cabelludo y de consiguiente conocer el predominio que ejerce sobre los demás órganos; así como los secuaces de Lavater creen conducirse al mismo resultado por medio del estudio de la fisonomía, cuya conformacion y determinadas expresiones revelan, segun ellos afirman, la disposicion y los instintos predominantes de cada individuo.

Hasta los que tienen por mas verdadero el principio que sirve de base al sistema de Gall y Lavater, han de confesar que es un arte que se halla todavía en mantillas ó al menos que no se halla debidamente formulado, puesto que tan falaces son á menudo las indicaciones craneoscópicas y fisionómicas. Acaso llegue algun día á un grado mayor de perfeccion, y sea un poderoso auxiliar de los padres, de los preceptores, de los médicos, de los magistrados y de cuantos tengan interés en conocer las tendencias y la aptitud particular de cada individuo.

Siendo cierto el arte ó sistema de que nos ocupamos someramente, lo que sobre todo importa conocer por medio de la observacion de los actos libres de un individuo estudiados en sus relaciones con el cráneo, la cara y las actitudes, son las afecciones y disposiciones predominantes, porque en realidad el secreto de una buena educacion individual estaria en dirigir oportunamente los instintos y provocar en lo posible el desarrollo y actividad de los órganos que revelasen la especial mision á que cada hombre podria consagrarse con éxito.

Los frenólogos han dividido las facultades intelectuales en sensoriales, que se ejercen por los sentidos externos; en perceptivas ó de observacion; en reflexi-

vas llamadas tambien filosóficas y en expresivas, las cuales comprenden el lenguaje como complemento de todas las demás, y cuyo órgano suponen situado en la parte posterior y trasversal de la bóveda de las órbitas. Inútil es decir que este órgano por su situacion es inaccesible al tacto. Prescindamos de lo que puede tener de útil esta division, nosotros creemos que todos los hombres tienen unos mismos órganos y unas mismas facultades, si bien estas y aquellos no se hallan en todos igualmente desenvueltos, ni en todos se hallan en aptitud de adquirir el mismo desarrollo.

Si bien se medita, los frenólogos para educar al hombre no pueden dirigirse precisamente al hombre mismo, sino á los agentes que modifican su organizacion, con el doble objeto de provocar por medio del ejercicio el desarrollo de las facultades que pecan por defecto, y entorpecer por medio de la inaccion el de las facultades que pecan por exceso, de lo que, segun ellos, debe resultar la mayor perfeccion posible de la actividad humana en provecho del individuo y beneficio de la sociedad.

Sea el que quiera el sistema de educacion que se adopte y la influencia que ejerza el fisico sobre la moral, la educacion es impotente para crear facultades que no existan y para destruir las existentes; pero no lo es para perfeccionar las concedidas á cada individuo, sometiendo los instintos á la conciencia y á la razon, despues de haber con la luz de esta iluminado aquella.

De lo dicho se deduce que las distintas disposiciones del cuerpo y del entendimiento requieren en la educacion de cada individuo modificaciones particulares, para sacar de cada uno todo el partido posible. Pero lo que varia no son las tendencias de la educacion, sino los medios de conseguirla, pues al fin y al cabo la educacion se encamina siempre al mismo objeto, á la robustez del cuerpo, á la vivificacion del alma y á la fertilizacion del entendimiento. La posicion social de cada individuo exige tambien una educacion particular; pero la educacion que se refiere á la posicion puede ser muy peligrosa, porque la posicion está sujeta á los caprichos de la suerte, y el hombre perdiendo la posicion para la cual ha sido educado es inútil para todo. «En el orden social, dice Rousseau, todos los puestos están marcados, y cada individuo debe estar educado segun el que ha de ocupar. Si un particular formado para su puesto sale de él, ya no sirve para nada. Esta educacion no es útil sino en tanto que la fortuna está de acuerdo con la vocacion de los padres; en cualquier otro caso es perjudicial al discípulo, cuando no sea por otra cosa por las preocupaciones que se le dan. En Egipto, en que el hijo estaba obligado á abrazar el estado de su padre, la educacion tenia al menos un objeto asegurado; pero entre nosotros, en que solo existen las categorías, y estas se alteran sin cesar, nadie sabe si educando á su hijo para la suya trabaja en pro ó en contra de él.» Y mas adelante dice el mismo filósofo: «Es menester generalizar nuestras miras y considerar en nuestro educando al hombre abstracto, al hombre expuesto á todos los accidentes de la vida humana. Si los hombres naciesen unidos al suelo de un país, si la misma estacion durase todo el año, si la fortuna fuese una cosa tal que nunca se perdiese, la práctica establecida seria buena bajo ciertos aspectos, el niño educado para su Estado y no saliendo de él jamás, no podria estar expuesto á los inconvenientes de otro. Pero atendida la movilidad de las cosas humanas, atendido el espíritu inquieto y turbulento de las épocas que á cada generacion lo alteran todo, ¿puede concebirse un método mas insensato que el de educar á un niño como si nunca tuviese que salir de su casa, como si eternamente debiera estar rodeado de su familia? Si el desgraciado da en la tierra un solo paso, si desciende solo un grado de su posicion, está irremisiblemente perdido; esto no es enseñarle á soportar el infortunio, sino enseñarle á sentirlo.»

Lo que indudablemente reclama diferencia de educacion es la diferencia de sexo. Para comprender esta necesidad basta examinar, aunque sea no mas que someramente y de paso, los caracteres físicos y morales que distinguen á la mujer del hombre. Hay algo mas que los genitales que impide que esos dos seres se confundan. Forma, volúmen, disposicion íntima, todo en el hombre es diferente de la mujer. Es verdad que ambos tienen los mismos órganos, si exceptuamos los genitales propiamente dichos; pero á pesar de esto, ¿cuántas, cuán evidentes y cuán trascendentales son las diferencias que esos mismos órganos presentan en uno y en otro comparando entre sí á esos dos seres!

En todas las especies el macho se distingue de la hembra por circunstancias exteriores; en algunos por la configuracion y el mayor ó menor desarrollo de sus astas, de sus crestas, de sus crines; en otras por el color, la brillantez, su longitud y el corte de su plumaje; en otras por la intensidad y armonía de su canto, etc. Tambien en la especie humana la barba es un carácter distintivo del hombre, si bien esta diferencia, puede considerarse como dependiente de los mismos órganos genitales, pues por lo comun no empieza á parecer sino hasta que se desenvuelven las facultades reproductivas, y con la castracion, si esta se verifica antes de la pubertad, no parece jamás, y si se verifica despues, la barba suele desaparecer ó al menos menguar considerablemente, pudiendo decirse otro tanto del tono y del metal de la voz.

Pero además de estos caracteres, otros ofrecen los sexos que señalan su diversidad de organizacion. No es en ambos igual la proporcion respectiva de sólidos y flúidos; tampoco son iguales las dimensiones y la forma

del todo del cuerpo, ni de cada una de sus partes, cabeza, tronco y extremidades, ni las de cada órgano; son igualmente distintas las cualidades físicas de los tejidos, la cohesion, la elasticidad, el encogimiento, la expansibilidad, etc.; y lo son tambien la gordura, la sangre y los demás humores, diferenciándose en ambos sexos por su cantidad, por su naturaleza y por su fluidez. Siendo pues distinto el fisico, es evidente que la educacion de este debe ser distinta tambien.

Por otra parte la sensibilidad de la mujer es mas exquisita que la del hombre. Sus sentidos son mas delicados, y su tegumento, que además de ser mas nervioso presenta una epidermis mas fina, por precision ha de ser mas impresionable al contacto de los agentes exteriores. A esta preponderancia del sistema nervioso deben las mujeres la mayor delicadeza de su gusto, el cual no puede soportar sabores muy fuertes y excitantes; la mayor delicadeza de su oído, al cual afectan considerablemente los sonidos estrepitosos; la mayor delicadeza de su olfato que se resiente de los olores fuertes, hasta el extremo de producirse en ellas fenómenos extraordinarios muy alarmantes, etc.

Tambien son en la mujer mas intensas é imperiosas las sensaciones internas físicas, como hambre, sed, etc., por cuya razon no puede desobedecerlas tan largo tiempo como el hombre, siendo mayores en ella los sufrimientos y mas pronto los funestos accidentes que resultan de no satisfacerlas.

Con respecto á las facultades intelectuales, los caracteres que distinguen á la mujer del hombre son todavía mas evidentes que los que acabamos de indicar. Los desacuerdos de los psicólogos y el estado actual de la ciencia, que no permite aun á los fisiólogos, indicar las relaciones que pueden existir entre la estructura del cerebro y el carácter de las inteligencias, impiden que se trate esta materia con la precision que su importancia reclama. Gall, que hasta ahora es el único que ha explicado bien ó mal las diferencias debidas á la organizacion que presentan los dos sexos comparados entre sí, establece que en el hombre y en la mujer son diferentes los grados de desarrollo y actividad de los órganos cerebrales, y que bajo ciertos aspectos la mujer es superior al hombre, siéndole bajo otros inferior. Pero por plausibles que puedan parecer á algunos las investigaciones de M. Gall, fuerza es confesar que su teoria no se apoya en un número suficiente de datos irrecusables, para que la adoptemos por el solo *magister dixit*, por la sola fuerza de la autoridad respetable, sin exámen propio, y sin pedir al tiempo su sancion. No es esto decir que las observaciones de los moralistas les hayan puesto en desacuerdo con el padre de la frenología. Casi todos son de opinion de que en la mujer predominan las facultades afectivas y en el hombre las intelectuales. En efecto, desde la aurora de la vida revela la mujer el predominio de los sentimientos que deben constituir la sucesivamente amante, esposa y madre; el amor, el deseo de agradar, cierta vanidad especial que la obliga á añadir nuevas gracias á las que debe á la naturaleza, constituyen ese carácter simpático de la mujer que tan pocos puntos de contacto tiene con las inclinaciones del hombre, quien desde la niñez manifiesta hasta en sus juegos una pasion decidida á los trabajos del cuerpo y á los trabajos del entendimiento. El hombre parece destinado á todas las grandes empresas que requieren mucha fuerza física, ó que piden á la inteligencia difíciles combinaciones. La mujer mas débil bajo estos dos aspectos, debe su fuerza á su misma debilidad, y sin mas armas que un afecto purísimo, se constituye un ángel custodio de la familia. Todo en el hombre es meditacion y fuerza, todo en la mujer delicadeza y vivacidad.

La especialidad de negocios en que las mujeres sobresalen no desmienten el carácter psicológico que acabamos de trazar. Mas dotadas de imaginacion que de juicio, nos sorprenden con ingeniosas evoluciones de espíritu; mas poéticas que filosóficas, las concepciones de su entendimiento suelen ser fáciles y brillantes, pero no siempre justas y precisas: las mujeres artistas son mucho mas numerosas que las mujeres sábias. Algunas, sin embargo, se han hecho acreedoras á este nombre; pero es digno de notarse que las que forman estas excepciones pierden en general física y moralmente el encanto y atractivo de su sexo. Hay mujeres varoniles que parecen hombres, así como hay hombres afeminados que parecen mujeres. Por lo demás, no dudamos que la educacion útil que recibe la mujer contribuye en cierto modo á lo que hemos atribuido á su sexo de una manera general. Los ejemplos de las que han hecho época reemplazando al hombre en los cargos mas difíciles, serian mucho mas numerosos, si la educacion de la mujer fuese igual á la que recibe el hombre.

A la excesiva susceptibilidad de la mujer se debe la perspicacia que la caracteriza, la prontitud con que concibe una idea, la delicadeza de sus sentimientos, la impresion que le causa lo mas insignificante, la afeccion que se nota en todas sus acciones; acostumbrada á dar importancia á lo que para el hombre no tiene ninguna, adquiere ese carácter insustancial y quisquilloso que tiende á llevar al último extremo lo que entre nosotros pasaria desapercibido.

En cambio es mas generosa, mas desprendida, mas accesible á la piedad, mas dispuesta á sacrificios heroicos; participa mas que el hombre de los sentimientos ajenos, y se acomoda mas dócilmente á la opinion y deseos de los que están en relacion con ella.

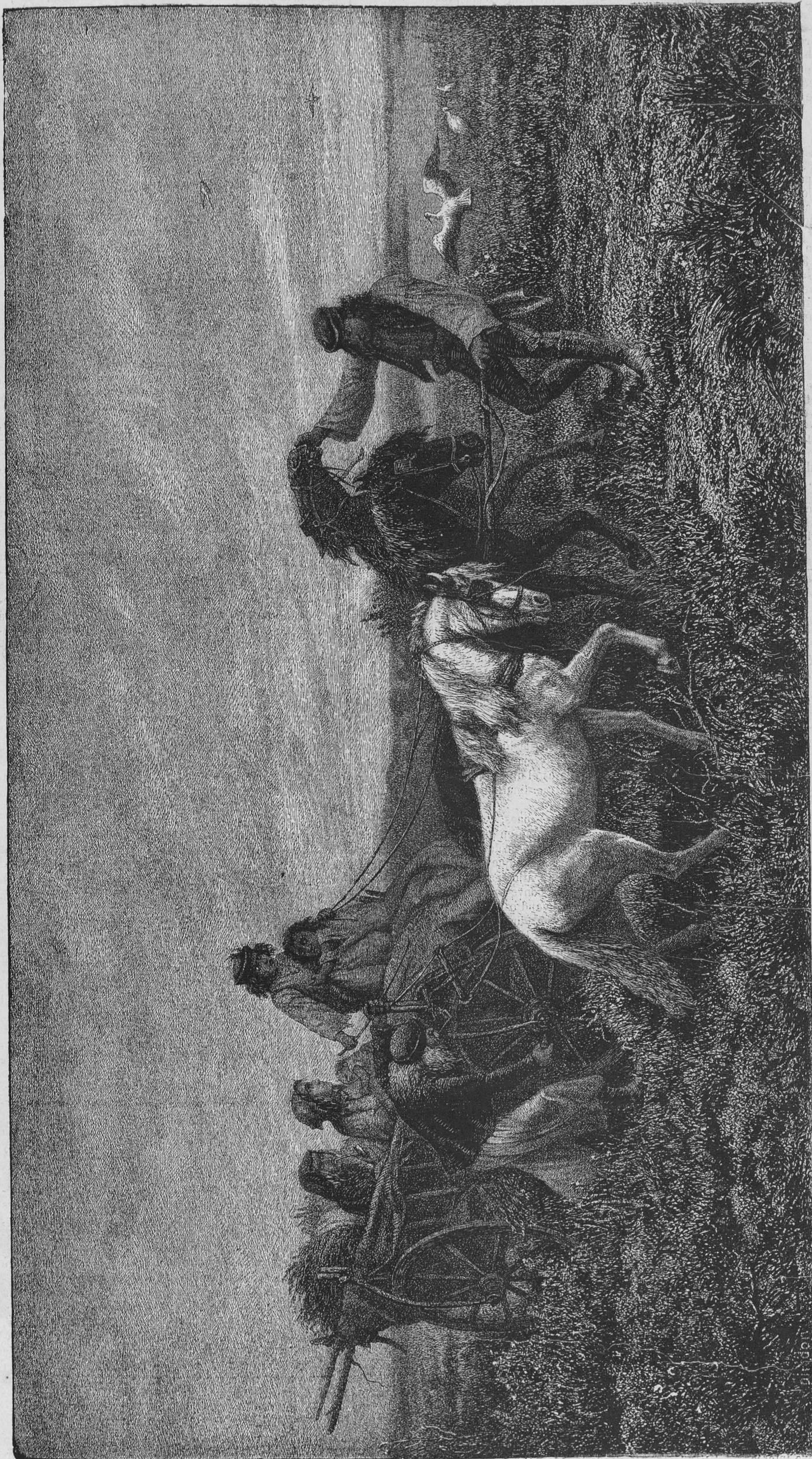
Teniendo en cuenta la susceptibilidad y carácter que distingue á la mujer para dirigir su educacion, debe





El prefecto del Sena recibiendo á S. A. el virey de Egipto en su casa de Longchamps (bosque de Boulogne.)





EXPOSICION DE 1869. — Los Nómadas de Hungría, cuadro de M. Otto Von Thoren.

procurarse reprimir sus facultades afectivas y provocar el desarrollo de las intelectuales, con objeto de que estas sirvan de guía y contrapeso á las tendencias de aquellas. Sobre todo importa, antes de determinar el juicio de sus actos, no perder de vista las distintas alteraciones que sufre la mujer en los varios periodos de la vida. La menstruacion, el embarazo, el parto, el puerperio, la lactancia y la edad critica ó de cesacion acarrea en su físico y en su moral variaciones profundas que la metamorfosean enteramente y al parecer multiplican su tipo.

Circunscrito dentro de los límites estrechos de un discurso inaugural, no me es lícito decir acerca de las tres educaciones lo que reclaman á la vez la importancia del asunto y la ilustracion del auditorio. En un discurso de la naturaleza de este ¿qué mas se puede hacer que tocar superficialmente un asunto del cual depende sin duda alguna el destino de la humanidad? Rousseau educando á un niño, para hacer un hombre, trató de regenerar á un pueblo. Tan vasto como el de Rousseau ha sido el objeto de Henry, de Fenelon, de madama de Remusat y de todos los que han creído como Leibnitz que reformándose la educacion se conseguiria reformar el linaje humano. La importancia de consiguiente es inmensa, y yo en la imposibilidad de manifestarla, creo haber dicho lo suficiente para encarecerla. No he podido hacer mas que señalar los puntos de partida, siéndome ahora imposible reasumirme, porque no he hecho otra cosa desde el principio de mi discurso. Basta para concluir que diga, que el hombre es tanto mas elevado, cuanto mas nobles son las necesidades á que obedece, y que estas son tanto mas nobles, cuanto mas vasto es el objeto á que le encaminan, cuanto mas le sustentan de la materialidad de su individuo, cuanto mas generales son sus tendencias. Y por último, en la imposibilidad de formular una educacion para cada individuo, debe establecerse en cada época la educacion que con mas fuerza pueda oponerse á los males que la dominan. ¿Y cuáles son los vicios capitales que imperan en la sociedad actual? ¿No son acaso el egoismo y la falta de fe? Pues bien, conocido el mal, no es difícil encontrar el remedio, la fórmula está escrita: *amar y creer*.

Por lo demás, en esta época y en todas el verdadero estudio es el de la condicion humana, y el hombre mejor educado física y moralmente es el que mejor sobrelleva las vicisitudes de la vida, pudiendo decir como Tulsulo:

*Occupavi te, fortuna, atque cepi, omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me aspirare non posses.*

He dicho.

J. RIBOT y FERRER.



### El virey de Egipto en Paris.

Ya saben nuestros lectores que el virey de Egipto, que ha visitado Paris estos últimos días, ha emprendido un viaje por Europa, cuyas estaciones principales son las siguientes: Trieste, Venecia, Florencia, Viena, Berlin, Paris y Londres. El objeto oficial de esta visita es convidar a los soberanos de Europa a la solemnidad internacional que en noviembre próximo tendrá efecto a orillas del mar Rojo para la inauguración del canal de Suez. La acogida que ha tenido el virey en Italia, en Austria, en Prusia, y sobre todo en Paris, ha sido simpática y cordial hasta el extremo, tanto por parte de los soberanos como por parte de las poblaciones; Londres le reserva sin duda satisfacciones análogas, sean cuales fueren las preocupaciones políticas del gobierno inglés.

Ha llegado para Egipto la hora de reconquistar un gran puesto entre los pueblos de Oriente. El virey lo ha comprendido así, y se conoce que hace esfuerzos para demostrar a la Europa sus generosas intenciones y para confiarla sus proyectos civilizadores; con motivo de una obra de interés universal, tratará de ganar a la causa de su patria la participación y simpatía del mundo civilizado.

Tal es el objeto real y positivo del viaje del virey, y en el cual deben acompañarle con sus votos todos los amantes del progreso.

La fiesta con que obsequió al virey el prefecto del Sena en su casa de Longchamps, presentó ese doble carácter de sencillez y distinción que convenia á una recepción de ese género. M. Haussmann no convidaba sino á S. A. y á su comitiva, y así es que le recibió en el seno de su familia, en medio de sus hijos. Por esta razón no hubo allí el ostentoso aparato de las grandes comidas que se dan en el Hotel de Villa. Flores por todas partes, árboles, verdura, un horizonte espléndido, hé ahí lo que debió desquitar al virey del enojo de las fiestas oficiales con que se encuentra en todas partes.

D. L. G.

### La Exposición de Bellas Artes de 1869.

Reproducimos hoy el notable cuadro de M. Otton Von Thoren, titulado: *los Nómades en Hungría*.

Las últimas inundaciones han removido profundamente el suelo, y hé aquí que llega por medio de ese campo un carro rústico con toda una familia de gitano. Los caballejos que arrastran el vehiculo se atascan, y los hombres se apean para sacarles de ese mal paso. Las mujeres asisten impasibles á esta escena, que sin duda las es familiar; la anciana madre se ostenta majestuosamente en lo alto del edificio fumando su pipa con una dignidad de que no hay ejemplo.

M. Von Thoren ha probado en este interesante cuadro que posee con el talento del pintor un excelente espíritu de observación. El asunto está tratado con la sencillez que debe acompañar á los actos naturales: la idea cómica se desprende por sí misma, sin esfuerzo; los personajes están pintados de modo que expresan perfectamente, y con toda seriedad, su situación cómica.

En cuanto á la ejecución, es digna de todo elogio. M. Von Thoren se mantiene en el justo medio en donde reside la verdad: su cuadro, que no pasa de una dimensión ordinaria, no exigia la minuciosidad en los detalles; le ha pintado sobriamente, no dejando ver mas que lo que habia visto por sus propios ojos cuando pasaba la escena.

A. DE L.

### Revista de Paris.

Estos últimos días podian verse en las calles de Paris unos carteles enormes que anunciaban uno de esos espectáculos que ponen en movimiento á una gran parte de la población parisiense: era la ascension de un globo de grandes dimensiones, llamado el *Polo Norte*, que debia tener efecto en la tarde del domingo 27 de junio. La ascension se verificó con feliz éxito. MM. Fonvielle y Gaston Tissandier habian accedido á que les acompañaran en su viaje aéreo siete personas: M. Gonrel, del Observatorio imperial; el doctor Tardieu, enviado de la Academia de Ciencias; M. Tournier, químico; M. Alberto Tissandier, pintor; M. Mangin, aeronauta; M. Menu, ingeniero, y M. Moreau, aeronauta.

En la sesión del lunes próximo se comunicarán á la Academia de Ciencias las observaciones hechas en el viaje; pero ya desde luego podemos decir que parece asegurado el triunfo de los globos de grandes dimensiones, pues está visto que esas masas inmensas pueden manejarse con una facilidad verdaderamente extraordinaria.

M. de Fonvielle, el incansable propagador de estas ascensiones científicas, se propone hacer públicamente una conferencia sobre la primera expedición del *Polo Norte*, y entre tanto ha dado á luz en el periódico *la Liberté* una relación de su viaje que ha sido leida con vivo interés.

Después de contar los preliminares de la ascension, dice que al elevarse sienten un viento recio producido por el mismo globo, mientras oyen las aclamaciones que saludan su entrada en campaña. Con efecto, desde por la mañana una inmensa multitud cubria las cuestas del Trocadero, y al cabo de largas horas de espera, cuando vió elevarse en los aires el gigantesco aparato prorumpió en una aclamación unánime.

El movimiento ascendente era tan rápido, que el barómetro Richard dió una vuelta entera, mientras M. de Fonvielle le colgaba en su puesto. El espectáculo era asombroso; pero los aeronautas ocupados en la maniobra no tenian tiempo de admirarle.

M. de Fonvielle se felicita altamente de los resultados: el globo obedece al flete maravillosamente, y el equilibrio se obtiene con una facilidad suma.

«De este modo, dice, triunfamos de los aeronautas de profesion que tantas veces nos han pronosticado un desenlace desastroso, si persistimos en emprender una ascension con un globo de tal tamaño. Los sacos desaparecen con gran rapidez; pero la causa es la condensación de la tarde. Sin embargo, va á ponerse el sol, el viento nos lleva en la dirección de Chartres, y hay que obedecer al programa y bajar á tierra, pues el viento podria acercarnos al mar antes de que despuntase la aurora. Emprendemos pues la bajada, y diríase que el globo protesta, pues baja lentamente. Por fin los *guides-ropes* tocan á la tierra y comienzan á arrastrarse con velocidad; el viento arrecia, á nuestras plantas distinguimos los bosques y los llanos, con cierta dificultad en los primeros momentos, pues nuestra pupila está impregnada aun con la claridad que inunda las regiones superiores.»

Por fin la navicilla se encuentra á 50 metros de la tierra; el capitán Tissandier da la orden y ase con M. de Fonvielle la cuerda de la válvula... La navicilla pega en tierra, pero el choque es insignificante; aquí hay que redoblar los esfuerzos; los aldeanos que acuden se apoderan de las cuerdas que les arrojan, y los viajeros salen. Hallábanse en las cercanías de Auneau, departamento de Eure y Loir.

En resumen, M. de Fonvielle consigna estos resultados con orgullo, y concluye diciendo que todos se hallaban completamente satisfechos al fin de la expedición, cuando veían aquel hermoso globo construido para el gas puro que diez caballos no podian arrastrar y que ellos habian manejado con el simple gas del alumbrado, sin que se viera en él el mas ligero rasguño.

Con efecto, el *Polo Norte* es el globo mas colosal que se ha elevado hasta hoy en los aires.

Esta fiesta aerostática puede decirse que resume las diversiones de Paris en la semana última. Y aun la distracción duró bien poco. Otras solemnidades, otros sucesos, que no pueden tener cabida en estas crónicas, absorben ahora y por completo la atención de los parisienses. Cuando la política alza su voz, no hay manera de contrarrestarla. El gran espectáculo del día es el que presenta el nuevo Cuerpo legislativo reunido extraordinariamente para la aprobación de las actas.

Asistir á una de estas sesiones, conocer á los diputados que por primera vez se sientan en los escaños, observar la fisonomía que ofrecen los favorecidos por el sufragio universal después de las peripecias que ha habido en las elecciones, hé ahí lo que seduce á los parisienses, hé ahí el objeto constante de todas las conversaciones.

¿Cuánta razón tiene Alejandro Dumas en la carta que escribe á M. Edmond Tarbé, director del *Gaulois*, que le habia pedido se encargara de la crítica teatral en su diario!

El célebre autor de tantas producciones notables rehuye semejante tarea, aun cuando por ella le propusieran un sueldo de 50,000 francos, por distintos motivos, y uno de ellos, el principal quizás, porque hoy no nos hallamos en esas épocas literarias en que todo el mundo se interesa en las cosas del teatro.

El público, dice con mucho fundamento, se ha vuelto de un eclecticismo, de una indiferencia y de una generosidad de que hasta ahora no ha habido ejemplo. Lo bueno y lo malo, todo lo pone al mismo nivel y lo pesa en la misma balanza. «Todo lo que le hace salir de su casa es bueno, porque la verdad es que se aburre horriblemente dentro de ella, la intimidad desaparece, la familia se disuelve, la reflexión y la soledad le espantan. Así es que se agita, sale á la calle y corre adonde oye ruido, adonde tiene mas probabilidad de distraerse y de aturdirse. Podemos pedirle sus aplausos y su dinero; pero no su atención. Que la obra resulte aclamada ó silbada, le es lo mismo, lo que desea es que no le hablen de ella. ¿Qué le importan el arte, el valor, la tendencia, el objeto de una composición literaria? Lo único que él busca es la sensación del momento. Siente muy bien, en el fondo, que se preparan grandes catástrofes; que de aquí á poco va á tener lugar una grande evolución política, social y moral, que lo que se llamaba literatura ha concluido, y que va á comenzar la acción. Dentro de un año, dentro de seis meses quizás, el espectáculo no estará en el teatro, sino en la Cámara, quizás en la calle; ¿y cómo nuestras luchas ficticias y literarias podrán rivalizar con esas luchas positivas y apasionadas en que toda la humanidad entrará en causa?»

Este es el tono de la carta en cuestion, que ofrece una pintura exactísima del estado de los espíritus alejados completamente de las cosas literarias, que en otros tiempos tenían el privilegio de excitarlos en tan alto grado. Así es que Alejandro Dumas, hijo, dice que está resuelto «á cerrar su tienda en vez de darla ensanche.» Nos anuncia que está

concluyendo los últimos prefacios de sus obras teatrales, y que concluida esta tarea piensa cruzarse de brazos.

Sin embargo, señala de paso un programa á los escritores que deseen dominar la situación presente. Les dice, aun á los grandes maestros, que no continuarán siendo maestros sino á la condición de poner su teatro al servicio del movimiento colectivo, dramatizando las nuevas necesidades y encarnándolas en personajes que reconozca el público.

«El teatro, añade, comprendido de cierta manera, puede ser de un inmenso socorro en las actuales circunstancias, agitando y discutiendo las cuestiones fundamentales de la sociedad, como el matrimonio, la familia, el amor, el adulterio, la prostitución, la conciencia, el honor, las creencias, las nacionalidades, las razas, el derecho, la justicia, la herencia, la religión, el ateísmo, y finalmente, el sosten, el eje y la atmósfera del alma humana. Puede acabar de destruir lo que debe caer y provocar oportunamente el nacimiento de lo que solo se halla en germen. La sátira y la tragedia, hé ahí el porvenir del teatro; es decir, que su porvenir está en la exterminación por la risa y la fecundación por las lágrimas, pues se sobreentiende que no aplico yo la palabra tragedia á la forma, sino á la concepción, al acto y á los fines.»

Hé aquí un bello programa, en esta profesion de fe de Alejandro Dumas, y esperamos que no obstante la terrible promesa de la huelga literaria con que nos amenaza, el autor que se ocupa así de las teorías, no descuidará completamente su aplicación, de cuyo modo acabará de darla la fuerza práctica que necesita toda teoría de esta clase.

Sí, es verdad, el arte está en decadencia por las razones que señala Alejandro Dumas, hijo, y por otras tambien, pues esa decadencia no es de hoy, sino que cuenta ya algunos años. Si al cabo de la temporada se ponen en escena en los teatros de Paris dos ó tres piezas que puedan considerarse como verdaderas producciones literarias, ya se dice que el año ha sido bueno para las letras; pues, con efecto, lo demás que se representa está todo cortado por el mismo patron; farsas obscenas, sainetes grotescos de las costumbres de cierta gente que tiene el privilegio de despertar cuando menos la curiosidad, no queremos decir la envidia ó la rivalidad, en la sociedad elegante de nuestros días.

Luego, en la juventud, sin duda como la época no es favorable, no aparece un talento que dé un nuevo rumbo á la literatura dramática; en vano la gloria y la riqueza ofrecen sus atractivos á los autores, nada descuella, nada aparece digno de notarse en el horizonte teatral, ni aun siquiera en el estado de esperanza.

Lo mismo en la composición musical: la Academia Imperial de Música se ve reducida al eterno repertorio de Meyerbeer, y como cualquier otro teatro lírico apela para salir del paso al talento de un cantante en moda.

Esta indigencia en la producción sugirió al gobierno una idea digna de alabanza.

Fundáronse en los teatros líricos de Paris diferentes concursos en favor de los compositores de música, y á cuya cabeza se nombraron hombres competentes.

Tres formas distintas se dieron á estos concursos.

Mientras la Opera proponia á los músicos un libretto único elegido en un concurso especial, y la Opera Cómica confiaba á un distinguido autor un libretto designado de antemano á los competidores, se decidió que en el Teatro Lírico quedarían los compositores en completa libertad para elegir el libretto que fuera de su agrado.

Tenemos á la vista el informe relativo al concurso de este último teatro, que arroja de sí el resultado siguiente:

El jurado, compuesto en razón á su doble misión, de literatos y de músicos, comenzó sus tareas con el examen y clasificación de los librettos, y las continuó con la ejecución de las partituras tocadas al piano y cantadas ante el jurado.

Cuarenta y tres óperas en uno, dos, tres, cuatro y cinco actos, han sido presentadas al concurso del Teatro Lírico.

Siete meses ha tardado la comisión en examinar esta multitud de óperas, y la atención del jurado ha vacilado largo tiempo entre estas cinco partituras:

*Roger*, obra desigual; pero en la cual hay diferentes partes de indisputable mérito.

La *Virgen de Diana*, bonito libretto acompañado de una música á veces un poco débil, pero regularmente poética y de buen colorido.

*Fiesques*, obra concienzuda y bien escrita.

La *Copa y los labios*, producción muy notable que contiene, al lado de piezas débiles, numerosas bellezas musicales de primer orden; pero cuyo argumento justamente célebre, y debido á la pluma del malogrado poeta Alfredo de Musset, no tiene condiciones teatrales.

Y finalmente, el *Magnifico*, obra de menor dimensión que otras de las señaladas, pero que presenta la reunión apetecida y casi completa aquí de un libretto original y de una partitura de un mérito correspondiente.

Al cabo de diferentes ejecuciones, completas ó parciales, en la sesión del 12 de junio alcanzó la mayoría de los sufragios esta última ópera, que, según dice el informe, puede representarse sin modificación alguna.

Hé aquí un nuevo compositor que el jurado del Teatro Lírico conceptúa digno de producirse en la escena: veremos pues hasta qué punto confirma el público esta esperanza del jurado.

Vemos pues que no faltan en Paris hombres que trabajen en la composición musical: cuarenta y tres óperas para un concurso acusan una actividad notable en la producción lí-



teraria y lírica; pero no se trata de la cantidad, sino de la calidad de las composiciones. Sobre este punto la indigencia resulta palpable.

Y sin embargo, una obra teatral, cualquiera que sea, que llega a gustar en París es casi una fortuna para el autor y para la empresa. M. Leguevel de la Combe da las siguientes cifras del producto de las cien representaciones del drama *Patria*, original de Victorien Sardou, representado en el teatro de la Puerta de San Martin del 18 de marzo al 27 de junio último, y resulta un total de 531,770 francos; lo que hace por término medio 5,265 francos por funcion.

Ahora bien, deduciendo los gastos, el beneficio líquido de la empresa por esta primera serie de representaciones, asciende a 105,000 francos, sin hablar de ciertas combinaciones de billetes que conocen los empresarios, y que son muy productivas.

El autor, M. Victorien Sardou, ha tenido por su parte un beneficio de 80,000 francos.

La suma correspondiente a los pobres se eleva a 50,000 francos.

Por último, la parte que les toca a los tres artistas principales ajustados para esta funcion, es de 77,000 francos.

Hé aquí cuán fácilmente los autores de París añaden a la gloria la fortuna.

Ya hemos dicho que la Grande Opera vive principalmente desde hace muchos años con el repertorio de Meyerbeer. A todas las novedades sucede invariablemente una nueva serie de representaciones de los *Hugonotes* o del *Profeta*. A esta última partitura acaba de tocarle el turno despues del *Fausto*, de Gounod, que la empresa habia considerado como una nueva obra; y ya tenemos funcion para algunos meses.

En la noche del lunes hizo el *Profeta* su nueva aparicion con la solemnidad que suele darse en este teatro a ciertas representaciones. La sala estaba brillante: parecia que se iba a asistir a un espectáculo nunca visto.

Y sin embargo, los cantantes no eran sobresalientes. Villaret hace una triste figura en el papel de Juan de Leyde: carece de aliento, de inspiracion trágica, condiciones indispensables para el artista encargado de esa interpretacion, en la que Roger ha dejado grandes recuerdos.

Tampoco la Gueymard-Lauters está aquí en su elemento; pero como tiene una voz admirable y no la falta expresion dramática, conquistó merecidos aplausos en algunas de las piezas principales.

La ejecucion de los demás papeles dejó bastante que desear; pero en cambio las masas corales produjeron su acostumbrado efecto.

Tambien se aplaudió mucho el célebre baile de los patinadores, en el que por primera vez tomaban parte Elliot y miss Federica, dos artistas de primer orden en el arte coreográfico. ¡Qué finura, qué gracia, qué elegancia! Miss Federica con su cuerpo esbelto, su expresiva fisonomía y su hermoso cabello rubio esparcido sobre los hombros, está encantadora patinando. Hé aquí un episodio que podria rejuvenecer, con gran ventaja de la empresa, esa partitura del *Profeta* que los parisienses saben de memoria.

Todas las novedades del dia son como esta: en el Vaudeville se está dando la *Fiammina*, una produccion interesante de M. Mario Uchard, que hizo furor en el Teatro Francés hace ya mas de diez años; en el teatro Dejazet se han exhumado los *Prés-Saint-Gervais*, de Sardou; y en otros teatros se disponen otras repeticiones de piezas conocidas y casi olvidadas. ¿No hay razon para decir que estamos en una época de decadencia teatral perfectamente marcada?

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### EL SOL PONIENTE.

¡Mirad! El sol poniente  
Su último rayo oculta:  
Y en la onda trasparente  
La roja sien sepulta:  
¡Cuán hermoso es su rayo moribundo,  
Que en sombras deja la mitad del mundo!

El mar que apenas mueve  
Las crespas ondas, brota  
De su murmullo leve  
Dulce y vibrante nota,  
Que nace cortejo y plácida armonía  
Al espléndido rey del claro día.

¡Salud, oh sol, que inclinas  
Tu frente majestuosa  
En ondas cristalinas!  
De púrpura y de rosa  
Te dan corona y de brillante grana  
La fresca tarde y la gentil mañana.

¡Qué majestad circunda  
Tu fúlgido desmayo,  
Rey de la luz fecunda,  
Astro de ardiente rayo!  
¡Sobre el reflejo de tu lumbre pura  
Adoro en tí al Autor de tu hermosura!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

## El cable trasatlántico francés.

(Continuacion. — Véase el N.º 860.)

La fiesta del 20 de junio, destinada a celebrar la llegada del *Great-Eastern*, estuvo favorecida por un tiempo magnífico. La escuadra del Océano, los navios *Bretagne*, *Borda* e *Inflexible*, el transporte *Correze*, la corbeta sueca *Vanadis*, y una porcion de vapores, ofrecian una hermosa vista.

Miles de espectadores habian acudido al paseo de Ajot y a las inmediaciones del puerto mercante, para asistir a la salida de los vapores encargados de transportar a los convidados de la Compañía del cable trasatlántico hasta alta mar.

El tren de convidados que llegó de París a eso de las once trajo 150 viajeros, entre los cuales reconocimos a M. Benoit-Champy, presidente del consejo de administracion, y a M. de Vougy, director de las líneas telegráficas, con una porcion de colegas de la prensa parisiense.

El prefecto marítimo, M. de Vougy, las autoridades superiores de la marina, del ejército y de la administracion, entraron a bordo del *Souffleur*, en tanto que los representantes de la prensa fueron al *Flambeau*, que por cierto carecia de instalaciones convenientes. El vapor de puentes y calzadas, *Belle-Isle*, recibia algunos privilegiados a su bordo. Por último, el vapor de las compañías fluvial y marítima, cargados de pasajeros de pago, completaban la flotilla, cuya visita suponiamos esperaba el *Great-Eastern*.

La travesía fué magnífica, y la fiesta habria sido completa sin un incidente que aun no se ha explicado: el capitán del *Great-Eastern* se negó, sin distincion, a recibir a su bordo a los convidados. Ni el almirante fué exceptuado.

Como consuelo quedaba el banquete que tuvo lugar a las ocho bajo la presidencia del vicealmirante Lacapelle, en la gran sala llamada de Venecia. El presidente brindó al emperador, M. de Bourgoing a la reina Victoria, y el marqués de Beaumont al presidente de los Estados Unidos. M. de Vougy brindó a la Compañía del cable, y el baron Erlanger contestó con un discurso resumiendo los hechos principales relativos a la empresa. El orador expresó el voto, ardientemente aplaudido, de que jamás el nuevo cable se emplee en transmitir telegramas de guerra. Por fin, M. de Kerjegu, uno de los diputados de Brest, brindó a la union de la Inglaterra, de los Estados Unidos y de la Francia, brindis que fué muy aplaudido.

Apenas la flotilla de los visitantes se alejó del punto en donde habiamos visto al *Great-Eastern*, cuando principió el trabajo para levantar la boya que tenia la punta del cable terrero, colocado el dia antes por el *Chiltern*. Este vapor estaba encargado de la operacion de la soldadura, que se terminó a las doce de la noche, y a las tres y media el *Great-Eastern* se alejaba comenzando la colocacion del cable intermediario, despues de la cual se empezará la del cable de alta mar. Salió acompañado del *Chiltern* y de la *Scanderia*, vapores de la Compañía inglesa, destinados a ayudarle en su trabajo. El *Hawke*, a cuyo bordo estaba el capitán Osborne, director de la Compañía inglesa, fondeó delante de Minou, punto de donde parte el cable.

Al otro dia visitamos, con el capitán Lacapelle, este sitio tan pintoresco cuya descripcion daremos, así como referiremos tambien lo que vimos en el gabinete de las electricidades, donde están los aparatos destinados a poner al *Great-Eastern* en comunicacion constante con la tierra. Bástenos hoy añadir que todos los dias a las doce llegará un despacho para los periódicos, a fin de que sepa el público la marcha de la colocacion del cable. Nos apresuramos a ceder la palabra al corresponsal que tenemos a bordo del *Great-Eastern*. Sucesivamente, y por su orden, daremos los dibujos que se han hecho antes de la salida del *Great-Eastern*, así como los que recibamos en lo sucesivo. El que representa al *Great-Eastern* en las aguas de Brest y la flotilla de los visitantes, está ya preparado, y se insertará cuando le llegue su turno cronológico entre los asuntos relativos a esta inmensa empresa.

A BORDO DEL « GREAT-EASTERN. »

Rada de Nore.

Esta mañana el *Great-Eastern* dejó su fondeadero de Sherness a las once y media, atravesó la barra y llegó a la rada de Nore, donde echó el ancla con ocho brazas

de agua. Mañana domingo aprovechará la marea para salvar el paso de Alejandro y llegar al Swash, que es el último paso difícil, y de allí pasará a Portland para completar su carbon, pues aun debe tomar como 2,000 toneladas, peso inmenso que no es nada, pues el *Great-Eastern* devora combustible que es un portento. En ningún viaje ha estado tan cargado como ahora, y así es que se inclina un poco hacia proa; pero echarán a bordo 1,500 toneladas de agua, y se restablecerá el equilibrio. Esta operacion no pudo intentarse antes de salir del *Medway*, pues habia que atravesar un paso que solo ofrecia un pie de agua bajo la quilla del coloso. Doy estas cifras para que se juzgue el cuidado con que hay que proceder a todas las partes de una navegacion tan extraordinaria.

No sabria expresar toda mi sorpresa al ver la facilidad con que se logra hacer maniobrar a un buque de proporciones tan colosales en lugares donde habria encallado si no se hubiese tomado en cuenta la altura de la marea. Otro dato. La salida se habia fijado a las once, y a esa hora comenzaba a moverse el *Great-Eastern*. Sin embargo, las operaciones de levantar sus cadenas exigieron cinco horas. A las diez y media no tenia ya mas que una cadena, y el piloto entraba a bordo.

A las once principiaron a enviar el vapor a las máquinas, pero los fuegos se habian encendido a las nueve. Este vapor las advertia que iba a principiar el trabajo. A las once en punto dieron algunos martillazos sobre la cadena, que cayó en el agua con un ruido espantoso, y las máquinas, ruedas y hélices, se pusieron en movimiento con una precision extraordinaria. El *Great-Eastern* iba hacia atrás para salir de los cuerpos muertos que le rodeaban por todas partes. Muy luego emprendió la marcha directa; el hélice daba veinte y tres vueltas, y la rueda grande se decidió a dar seis por minuto.

Entonces descubrimos un extraño espectáculo. La quilla del gigante de los mares pasaba tan cerca del fondo, que se veian masas de lodo que subian a la superficie: así se removian familias enteras de peces planos, seres pantanosos que viven en ese fango marítimo. Una lancha pescadora que nos hubiese seguido, habria hecho una pesca milagrosa; pero nosotros no pensábamos entonces en nada de esto, pues el mar bajaba, y el buque podia encallar muy fácilmente. Entonces adios cable.

Sin embargo, no tardamos en pasar por medio de la escuadra del canal que se hallaba en Sherness. En los buques de guerra las tripulaciones asistian al paso del *Great-Eastern*, que se deslizaba lentamente y en silencio como un gigante que se desdena de mirar a los enanos que encuentra a su paseo. Los navios de tres puentes parecen sloops, y chalupas los acorazados. ¿Cómo pintar la estupefaccion de esos marinos de la primera marina de guerra del mundo, ante la majestad del coloso, producido por el genio de la paz, encargado de arrojar ese rasgo de union vivo entre dos mundos? Por todas partes los wharfs, los almacenes, los muelles, los promontorios, están cubiertos con una multitud ansiosa, atónita, pues el gigante de los mares está rodeado de una multitud de yachts, de buques de vela, de ligeras embarcaciones de vapor, que parecen un enjambre de insectos revoloteando a la superficie del agua, formando el séquito de un monstruo marino que vuelve a sumergirse en el inmenso Océano.

No se oye un grito, pero ese silencio tiene un prestigio del que carecen las manifestaciones mas bulliciosas. De tiempo en tiempo las ruedas detienen su movimiento, y entonces se respira con menos libertad, porque en efecto, eso significa que el buque se encuentra en un paso peligroso. Los pilotos que están a bordo se admiran del timon de vapor, que en cierto modo hace hoy sus pruebas. La máquina obedece con una precision de que no hay ejemplo. Puede decirse que es hoy la primera vez que un buque se ha gobernado de un modo digno de un siglo que ha visto nacer la electricidad y el vapor.

Sabido es que una corriente eléctrica circula sin interrupcion en el cable, y que los físicos que están a bordo ejecutan constantes experiencias para estudiar ese importantísimo elemento que se llama la resistencia. A la salida esta resistencia era de 250 millones de unidades de la Asociacion británica, y desde la inmersion del cable se eleva en los receptáculos de a bordo hasta 300 millones de unidades, de modo que se han ganado 50 millones de unidades inglesas. Este fenómeno es del mismo orden que el que acompaña a la inmersion del cable en el mar, pues la experiencia prueba que el cable se mejora progresivamente, contra la opinion de los teóricos, que anunciaban su destruccion progresiva. Necesita cosa de un año para llegar a su mejor estado de aislamiento; pero me apresuro a dar algunas explicaciones sobre los dibujos que acompañan.

El primero representa uno de los pontones de la Compañía inglesa, encargado de transportar una de las fracciones del cable a bordo del *Great-Eastern*; pues el gran buque no puede acercarse para que la operacion se haga directamente.

Los transportes de la Compañía del cable están provistos de receptáculos análogos a los del *Great-Eastern*, que luego describiremos, y llevan de una vez como doscientas ó trescientas millas, segun el diámetro del cable; pues este cable de alta mar comienza por una seccion llamada *cable intermedio*, destinado, como su nombre lo indica, a reunir el cable de alta mar con el cable acorazado de la orilla.

La estiva del cable a bordo de los pontones, así como a bordo del *Great-Eastern*, se efectúa por medio de una máquina de vapor. El cable pasa a lo largo de un cor-



redor ó de piezas de madera que sostienen argollas de hierro por las cuales se desliza.

En el puente del *Great-Eastern*, que se desmonta cuando todo el cable está á bordo, lo cual sirve para sacarle del ponton y llevarle á uno de los receptáculos en donde penetraremos luego.

Estos receptáculos son tres: el uno de ellos está situado á proa, y es un poco mas pequeño que los otros dos, colocados el uno en medio del buque y el otro á popa. Pero la diferencia no es tan grande para que lo que digamos de uno no se aplique á los otros.

Apenas necesitamos indicar la causa de esta repartición del cable en tres receptáculos, pues bien se habrá comprendido, que el peso del cable reunido en un solo punto haria difícil, si no imposible, la estiva del buque. A medida que sacan cable, echan agua en el receptáculo, para que la línea de flotación no pierda su equilibrio. Hasta la vuelta, los receptáculos contendrán pues un peso sensiblemente equivalente al que tuvieron á la salida.

Solo cuando estos receptáculos se hallan vacíos, pue-

de uno formarse idea exacta de sus formidables dimensiones; diré únicamente que los dos principales, que son gemelos, tienen cada uno 50 piés ingleses de diámetro y 20 piés ingleses de altura.

Quando llega el cable, le reciben unos operarios muy

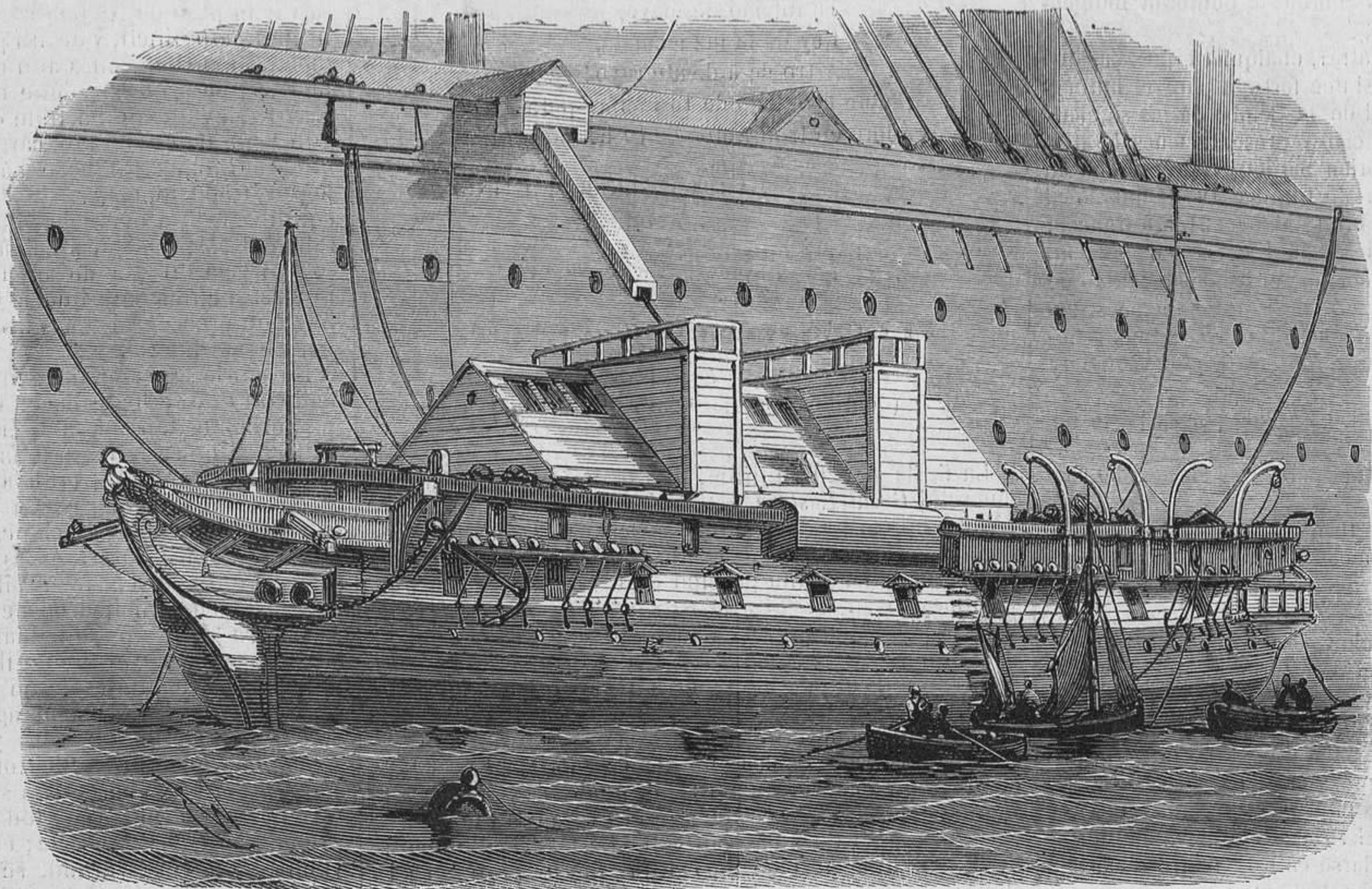
los. El buque marcha pues ahora con la corriente que circula en los tres receptáculos. Cuando sea tiempo estas soldaduras serán definitivas.

Publicamos una vista de la popa del buque, con la intención principal de dar una idea del modo con que

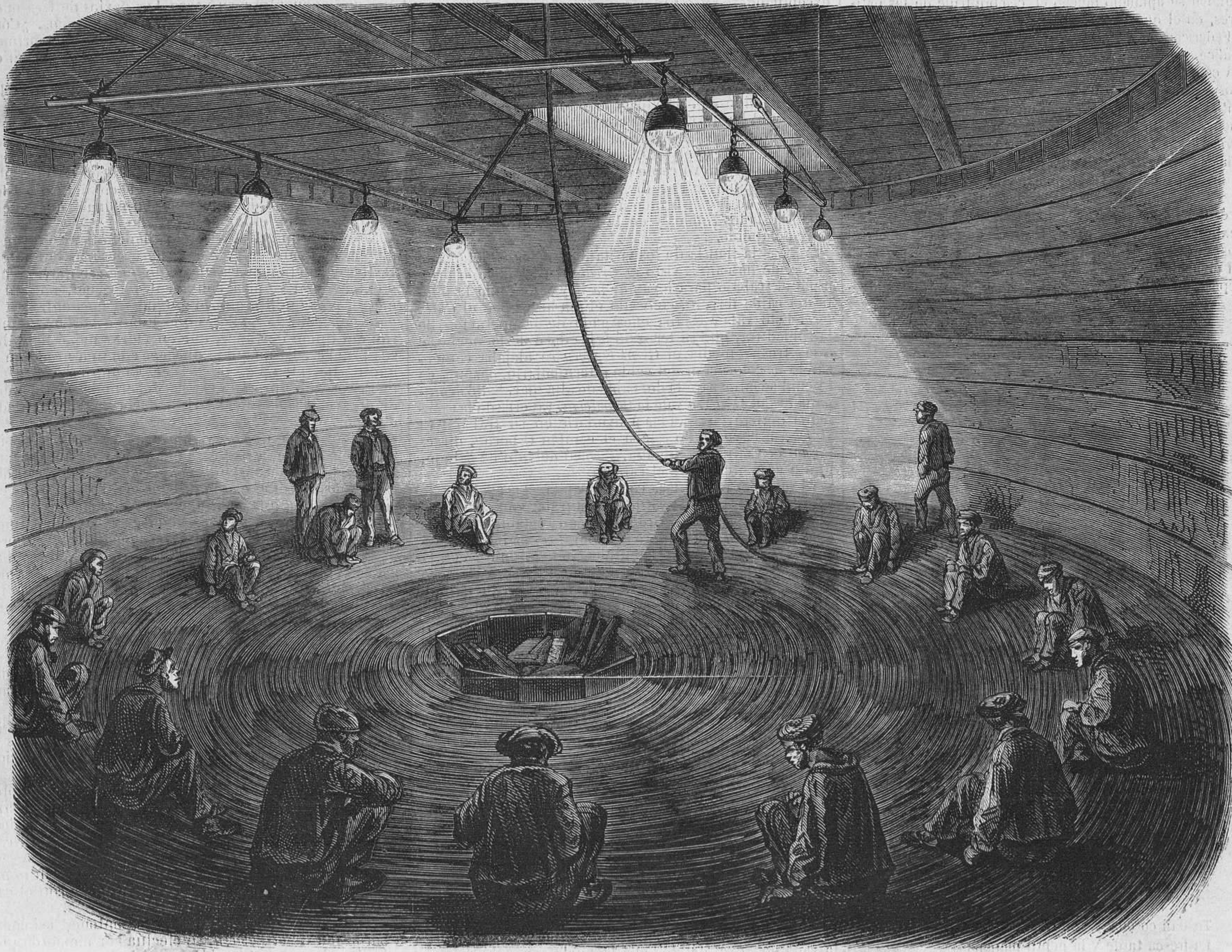
expertos, los cuales, en su mayor parte, han manejado los cables atlánticos, primogénitos del cable franco - americano. Le arrollan, como se ve en el grabado, formando una especie de suelo por el cual he tenido el gusto de pasearme mas de una vez. La parte inferior está ya en el agua, y á medida que las capas se aglomeran, se equilibra el peso con el agua.

Quando está almacenada la carga de un ponton, se pone el segundo cabo en comunicacion con el gabinete eléctrico, como se puso el primero desde el principio de la operación. La corriente circula de dia y de noche. Se estudia pues de nuevo el alambre, y todas las variaciones se apuntan cuidadosamente.

Antes de dejar el fondeadero, habian reunido, por medio de soldaduras, las secciones del alambre encerrado en los diferentes receptáculos.

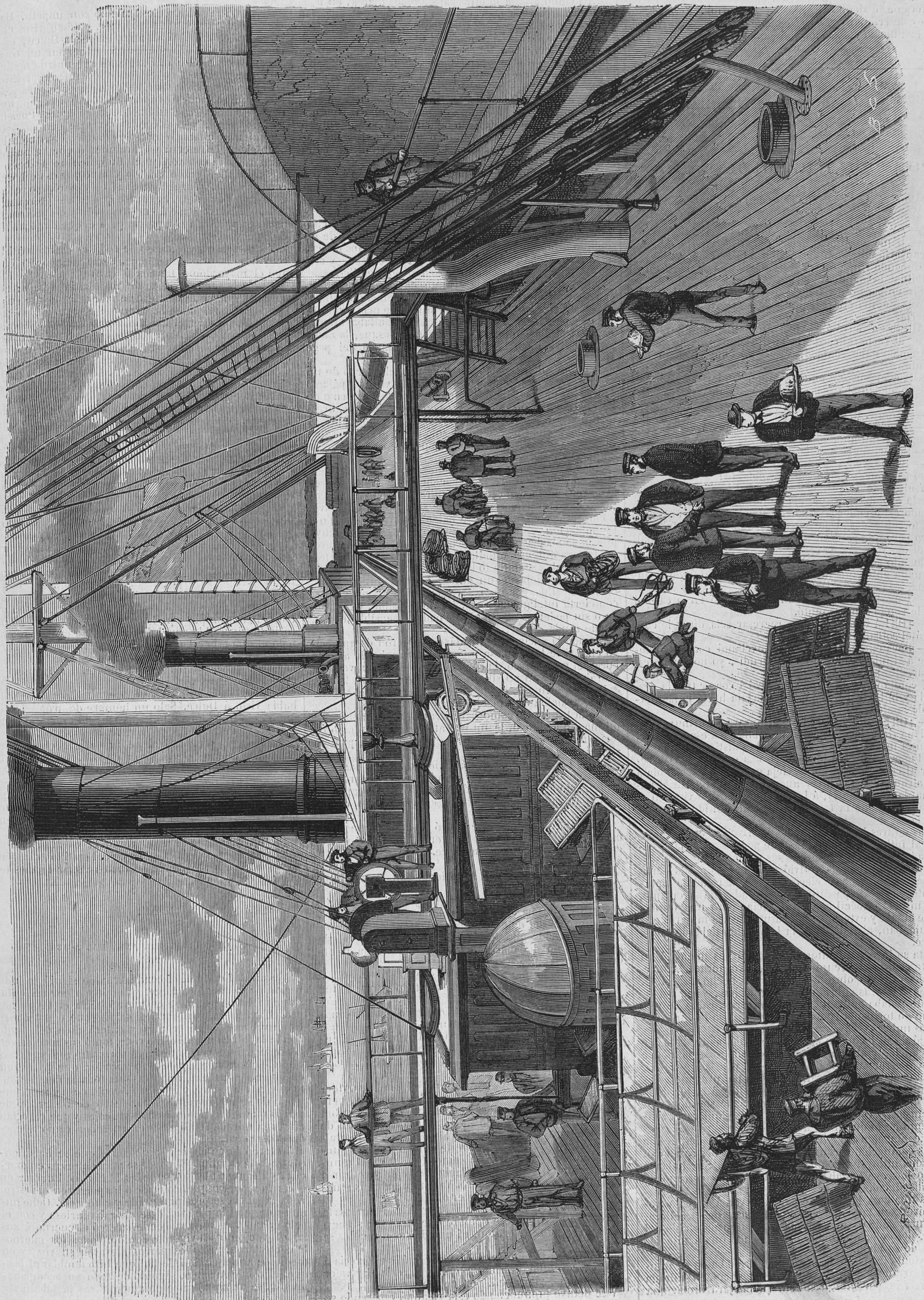


El cable trasatlántico francés. — Transporte y trasbordo del cable á bordo del *Great-Eastern*.



Almacenamiento del cable á bordo del *Great-Eastern*.





Cable trasatlántico francés. — Vista general del puente del *Great-Eastern*, parte de popa.



pasa el cable por el corredor que le guía. Así se puede observar la marcha al través de los mástiles, las chimeneas y demás que cubren el puente hasta la garrucha que le tiene colgando en el abismo. No podemos hoy describir estos aparatos, que todos ellos contribuyen á facilitar la colocación del cable. L. B.

### La Damisela del Castillo,

CUENTO

POR DON VICTOR BALAGUER.

(Conclusion.)

— ¿Y Erasmo? le preguntó el conde Arnaldo.  
— Háme encargado decir á vuestra señoría que no alcanzaria antes que llegásemos al Pinar negro.

El conde frunció las cejas, que era la manera en él habitual de manifestar su desagrado.

Sin embargo, no dijo nada y montando á caballo dió la voz de marcha precipitándose el primero hácia la puerta.

Allí se encontró á la vieja Amaltrudis que levantándose, al verle salir, de la piedra donde desde por la mañana estaba sentada, se irguió ante él como una sombra.

Al ver el conde á aquella mujer cubierta de harapos que se adelantaba hácia él, ladeó su caballo para pasar adelante.

— Señor... dijo la anciana.

— ¿Qué me quiere esa bruja? exclamó el señor de Mongrony mirándola de soslayo.

— Señor, me conviene hablaros. Soy...

— Bueno, bueno, ya me lo dirás en otro momento. Ahora no puedo detenerme. ¡Adelante!

Y el conde dió espuelas á su caballo que se precipitó por la explanada disparado como una saeta. Monteros, picadores, escuderos y jauría, todos se lanzaron como un torrente desbordado tras su noble señor, faltando poco para que pasaran por encima del cuerpo de Amaltrudis.

Cuando aquella especie de avalancha hubo cruzado envuelta entre una nube de polvo por delante de la anciana, esta se dirigió al centinela.

— ¿Acostumbra á pasar mucho tiempo en la caza el noble conde? le preguntó.

— ¡Oh! á veces tarda en regresar seis días, le contestó el soldado.

— Pues entonces le seguiré, exclamó como hablándose á sí misma la pobre Amaltrudis, yo no puedo esperar. He de verle hoy mismo.

Y confiándose á sus pies empezó á correr tras la desatada y bulliciosa turba que se dirigía hácia la izquierda de la aldea.

— ¡Oh! ¡le alcanzaré! ¡le alcanzaré, murmuraba la anciana sin dejar de correr, y le obligaré á escucharme!

En el interin, otra escena de bien distinta especie tenia lugar en el castillo, y preciso es que dejemos de seguir al conde y á la pobre vieja que corría acelerada á sus alcances, para volver nuestras miradas hácia la heroína de esta historia, á la que perdimos de vista en el instante en que la trasportaban sin sentido á su estancia.

Mas de tres horas permaneció sin volver en sí, sometida al influjo de un síncope que podía ser mortal y entregada al cuidado de dos de sus damas.

Poco á poco la vida volvió á su corazón, sus sienes empezaron á recobrar cierto calor, y abriéndose lentamente sus ojos, pasearon una mirada fija y errante, una mirada imbécil por la estancia, pero una mirada tal de atonía y extrañeza, que asustadas las mujeres que la cuidaban, abandonaron la habitación dejando sola á Dulce.

Esta se incorporó entonces y aplicó sus manos á su frente como si de reunir tratara sus recuerdos. A fuerza de sentir, la pobre mujer se habia hecho insensible. Espesas sombras cubrían su imaginación, y su pensamiento rodaba entre un caos de vapores, como en una noche de tormenta rueda opaca y sombría la luna entre las nubes.

Bajó de su lecho, se acercó á una de las ventanas de su estancia, y allí permaneció asomada toda la noche dejando errar su vista por el cielo, por las murallas, por la explanada del castillo, por las llanuras inmediatas y por las montañas que en el fondo y á la luz de la luna dibujaban en un horizonte de azul sus dentelladas crestas. La jóven damisela ni tenia siquiera el sentimiento de lo que le pasaba.

La conmoción violenta que habia sufrido despues de tantas conmociones como las que habian destrozado su corazón, influyera en ella terriblemente. Sin haberse vuelto loca, se hallaba en un estado muy cercano de la imbecilidad.

Era una cosa horrible, espantosa, ver á aquella pobre jóven, en la primavera de sus días y de su belleza, sucumbir pálida y desfigurada al peso insoportable del dolor, del dolor que habia ido gastando una á una las fibras de su alma.

El viento fresco de la noche se estrellaba en su frente sin arrancarle un rayo de inteligencia, su mirada yagaba fria por el espacio sin que dejara brotar una

chispa, su corazón permanecía mudo á los encantos de la naturaleza sin exhalar un consolador suspiro.

Así como allá, á la otra parte de los mares, en lejanas comarcas, pasa á veces una ráfaga que arrancando árboles y plantas rasura una llanura y la convierte en una sábana de estéril arena, así una ráfaga habia pasado por el alma de Dulce llevándose, envuelta en sus pliegues, sus ilusiones, sus sueños, su felicidad, su vida.

El naciente crepúsculo, al dar á la naturaleza toda la suave palidez de la jóven desposada que amante despierta en un lecho de flores, la halló todavia asomada á la ventana como á Julieta despues de una eterna noche en vela trascurrida en aguardar á su amante, ó mejor aun como á Ofelia buscando con la vista las flores mas blancas y mas pálidas para tejer su última guirnalda.

No nos detendremos á pintar toda la inmensidad de dolor y amargura que habia en aquella mujer; demasiado se comprende, demasiado se adivina. Hay veces en que al escritor le basta perfilar solo una doliente figura, como un pintor bosqueja en el fondo de un cuadro un ángel que vaga perdido entre la poesía de un nebuloso horizonte. A mas, los acontecimientos de esta historia marchan rápidamente á su desenlace, y esto nos impide ser demasiado minuciosos en detalles.

Solo una vez la mirada errante de Dulce pareció fijarse en un punto y cobrar, aunque momentáneamente, cierta vida y sobre todo cierta inteligencia superior á su estado. Desde la ventana á que se hallaba asomada, veia el glacis del castillo, el vecino bosque, la aldea en que habia corrido juguetona la infancia del page Rogerio.

Tendido en la explanada se hallaba el cuerpo de un hombre, y á su alrededor se agitaban extraños pájaros batiendo sus alas y dando agudos chillidos. De cuando en cuando algun matinal transeunte se detenía, arrojaba una mirada de piedad al cadáver y seguía apresurado su camino, atreviéndose solo á volver alguna que otra vez un rostro en que se pintaban el terror y la compasión.

Adelantada estaba ya la mañana, cuando una mujer, una anciana que parecia llegar de la aldea, se acercó al punto donde tenia fijadas las miradas la jóven, reconoció el cadáver, cargóselo sobre sus hombros y volvió á emprender el camino que habia seguido, llegando á la poblacion y entrando en un cercado, sobre cuya puerta se alzaba una gran cruz negra, como si de revelar tratara que era aquella la mansion de los muertos.

Dulce habia seguido toda esta escena con una mirada fria como la hoja de un puñal, pero maquinalmente, como impelida por un resorte superior á sus fuerzas, con cierta inteligencia vaga, incomprensible, nebulosa, pero sin poderse dar cuenta de nada, insensible á todo, á todo muda.

Cuando la anciana y el cadáver hubieron desaparecido cual si se los hubiese tragado á entrambos la abierta boca del cementerio, la condesa se retiró de la ventana y se dejó caer en un sitial llevando la mano á su frente.

Por vez primera, desde la escena terrible del subterráneo, se habia estremecido.

El día trascurrió como habia trascurrido la noche. La misma inmovilidad, la misma atmósfera de plomo en torno á la jóven, el mismo silencio, el mismo espantoso silencio por su parte.

Todas las preguntas que se hicieron á la damisela quedaron sin respuesta, para nada se desplegaron sus labios, solo alguna vez abrió su boca y dejó escapar un sonido ronco, indefinible, algo como el grito de un mudo.

Por la tarde un hombre entró resueltamente en la estancia, echó el cerrojo á la puerta luego que estuvo dentro, y se adelantó hácia Dulce.

Era Erasmo.

Erasmo con su mirada de hiena, con su rostro de sátiro.

Dulce no hizo movimiento alguno, y el mayordomo se detuvo á dos pasos de ella, asombrado ante la expresión suprema del dolor que aparecia pintada en aquel rostro como el sello imborrable del anatema celeste apareciera un día marcado para siempre en la frente de la raza errante.

Erasmo dobló una rodilla en el suelo.

— Señora, dijo endulzando su voz todo lo que le fué posible.

La damisela se estremeció al son agrio y bien conocido de aquella voz, pero no se movió.

— Señora, continuó Erasmo sin mirarla, vengo á pedir humilmente perdon por todos los dolores que os he causado, por todo el mal que os he hecho.

Dulce se calló.

— ¡Si supiérais, señora! prosiguió el osado servidor que en tan humilde postura demandaba perdon, pero en cuya voz no se comprendia ni la mas leve sombra de arrepentimiento; yo he sufrido mas que vos aun de todas vuestras penas. Pero ¡ay! yo aborrecia mortalmente á un ser sobre la tierra, le odiaba hasta el punto de comprender que no cabiamos los dos en el mundo y que uno de entrambos habia de cejar y retirarse ante el paso vencedor del otro. Ya comprendereis señora, que quiero hablar de Rogerio.

El mismo silencio, la misma inmovilidad por parte de la damisela. Ante ese nombre que otras veces hacia latir apresurado su corazón, ni uno de sus músculos se contraía.

— ¿Y sabeis por qué le odiaba, por qué le aborrecia á muerte? continuó Erasmo, á quien parecia dar valor aquel silencio. ¡Porque... porque tenia celos!

Y se detuvo pronunciando esta palabra, esperando su

efecto. Dulce no se movió. Entonces Erasmo levantó la cabeza. Empezaba á asustarse de aquel continuado silencio.

— ¡Celos, señora, celos! añadió con impetu. Ha llegado ya el momento de decirlo y descubrirlo el fondo de mi corazón. Yo os amo, damisela Dulce, os amo con toda la firmeza que puede haber en un corazón enérgico como el mio. Hace años que nutro en silencio mi amor hácia vos en el fondo de mi alma. Esto ha sido el móvil de mi vida, de todas sus acciones y... mirad, ¿quereis que os abra del todo mi pecho, que os deje leer hasta en el último de sus pliegues? Pues bien, yo fui quien impelió al conde á casarse con vos, yo en fin quien he allanado todos los obstáculos, quien le he aconsejado la reserva y apartamiento que ha guardado siempre para con vos, yo en fin quien he acabado con ese pagecillo, niño orgulloso y fatuo que os deshonoraba con su amor. ¡Juzgad pues si os amaré, yo que he guardado paciente, resignado, que se me presentara la ocasión de arrojarle á vuestros piés y de pedirlo, señora, una mirada compasiva para el que tanto ha sufrido esperando tanto.

Y Erasmo, arrastrándose de rodillas, se acercó á Dulce y besó la orla de su falda. Hacia tiempo en efecto que el mayordomo llevaba á cabo un plan meditado con toda la sangre fria de un alma ruin y baja: tiempo hacia que con la astucia del chacal codiciaba su presa y la tendia mañoso lazo en que, segun él, no podia menos de prenderse. Erasmo, como todos los hombres que obran con cálculo y con segundos fines, habia tratado de aislar á Dulce para que aborreciera su propia existencia, para que odiara al que era causador de la vida triste y solitaria que pasaba. La escena del subterráneo, segun él, hablaba en su favor. La condesa estaria exasperada, querria vengarse, buscaria todos los medios, acogeria la primera mano de amigo que se le tendiera... Ninguna ocasión pues mas propicia. Erasmo decidió presentarse y ser franco, franco hasta la impudencia, para que se hallara al menos en el mérito de su franqueza un gaje de fidelidad para el porvenir.

Erasmo habia calculado todo esto con la balanza del raciocinio, pero no se habia acordado para nada del corazón.

Cuando hubo pronunciado con un fuego que le dejó satisfecho sus últimas palabras, cuando hubo besado el vestido de Dulce, levantó sus ojos y vió á la damisela ponerse en pié, atravesar por delante de él sin mirarle, sin dirigirle la menor palabra, como si no le hubiese visto ni oído, cruzar la estancia, encaminarse á la puerta, descorrer el cerrojo y salir de la habitación con la ligereza de una ondina y sin ruido como una sombra.

Erasmo se quedó atónito, asombrado, herido en mitad del corazón por aquel desprecio y silencio. Le parecia tan increíble aquel desenlace, tan contrario sobre todo al que esperaba y se habia imaginado, que estuvo absorto y como fuera de sí un largo espacio. Levantóse por fin y se precipitó hácia la puerta. La damisela no estaba en el corredor.

Recorrió el castillo, indagó, preguntó, registró. Nadie habia visto á Dulce. Solo un hombre de armas le dijo que desde una almena le habia parecido ver á una mujer atravesar el patio y dirigirse al puente levadizo. Erasmo bajó, preguntó al centinela. En efecto, una dama horrorosamente pálida, y que al soldado se le figuraba tener cierta semejanza con la condesa, habia salido del castillo.

— ¡Oh, un caballo, pronto, un caballo! gritó Erasmo, cuyo primer pensamiento fué el de que dulce habia ido en busca del conde Arnaldo para referirle la escena que acababa de tener lugar entre ambos.

En un momento estuvo pronto el caballo. Erasmo montó en él y salió á todo escape del castillo, dirigiéndose hácia el punto donde se oian resonar lejanos toques de caza.

## XII.

DE COMO QUIEN MAL ANDA MAL ACABA.

Al salir del castillo, el conde Arnaldo siguió la indicación de su montero Jorge, y dominado por un entusiasmo fabril de caza, se encaminó hácia el Pinar negro. Llegado á los umbrales del bosque con toda su comitiva, mandó hacer alto y enterándose del punto donde la jabalina habia sido vista, tomó sus medidas en consecuencia. Sus tres mejores perros fueron puestos á disposición de Jorge y de otro picador, que partieron en busca de la pieza, mientras que toda la demás gente quedaba apostada y el conde Arnaldo esperando, armado de su mejor venablo y rodeado de un grupo de perros que movian impacientes sus colas y que parecían fijar una mirada inteligente en su señor como aguardando la señal.

No tardó Jorge en ir á anunciarle que se habia encontrado la jabalina. El conde se puso entonces en marcha, y llegando al sitio donde las huellas se hundian en el corazón del bosque, colocóse á los perros en el rastro. Toda la jauría se precipitó unida y compacta. Ocho minutos despues la jabalina desembocaba furiosa y con el pelo erizado. Al verla el conde, acercó el cuerno á sus labios y dejó oír un vigoroso sonido. Todos los cuernos le contestaron, todos los perros elevaron su voz, y en medio de aquel ruido infernal que hizo temblar el bosque, el conde Arnaldo, seguido de todo su acompañamiento, se precipitó impetuosamente tras la jabalina y tras la jauría.



Por largo rato todo fué perfectamente y á pedir de boca. La caza proseguía con una animación que ponía al conde loco de contento, pero sucedió que la jabalina no parecía tener intención de dejarse coger, y perros y cazadores tras una persecución tan larga, tan encarnizada y sin descanso, empezaron á sentirse fatigados. Los sonidos del cuerno se fueron haciendo menos frecuentes, y las voces de los monteros comenzaron á debilitarse enronquecidas y los caballos á moderar su ímpetu.

Para mas desgracia, la noche amenazaba echarse encima antes de que el conde viera logrado su objeto.

— Señor, le dijo Jorge, pareceme que tendreis que abandonar vuestro intento.

— Aunque se me opusiera el diablo en persona, contestó el conde.

— Es que, hé ahí la noche.

— Y hé ahí la luna, dijo el conde señalando el astro nocturno que aparecía en la inmensidad de los cielos. Cazaremos á la luz de la luna. ¡Debe ser delicioso!

Y con fuerte resoplido imprimió un nuevo estrepitoso acento á su cuerno para advertir al resto de la caza, pero todo estaba perdido ó extraviado, monteros, picadores, perros: de modo que solo dos cuernos contestaron á los suyos, y cuatro perros dejaron oír un débil aullido.

La jabalina era infatigable, pero tenía aquella vez que habérselas con un cazador de bronce. El conde había jurado darla caza mientras tuviera fuerzas para acercarse su cuerno á los labios.

Rato hacia ya que la persecución se hacia á la luz de la luna y casi en silencio, de manera que era una cosa bien triste ver á aquellos hombres que se deslizaban rápidos como espectros por entre los árboles.

No tardó el conde en ver que uno de sus compañeros caía del caballo. Poco despues, el noble bruto que montaba Jorge se doblegaba bajo el peso de su jinete y no quiso levantarse mas. Jorge, que, como la mayoría de los hombres de entonces, era supersticioso, comenzaba á creer que bien podía haber algo de magia en la infatigable celeridad de aquella jabalina, y gritó al conde que cesara en la persecución, pero el señor de Mongrony arrastrado por la carrera, no oyó sus palabras y aun cuando las hubiese oído, es de suponer que no hubieran hecho mella alguna en su esforzado ánimo y decidido empeño.

El conde Arnaldo prosiguió su carrera echando espuma por la boca. De vez en cuando acercaba el cuerno á sus labios, pero viendo al fin que ninguno le respondía y que aquel silencio era espantoso, dejó de tocar y se entregó por entero á su carrera fantástica á través de árboles y malezas. La luna le permitía distinguir bien la jabalina y los cuatro perros, que como otras tantas sombras le seguían. Bien pronto no vió mas que tres, luego dos, despues uno solo, por fin ninguno.

— ¿Tiene el demonio en el cuerpo esa jabalina? se dijo el conde, que comenzaba á sentirse sobrecogido.

Debía ser cosa bien espantosa de ver aquella persecución encarnizada á la luz de la luna, y aquella carrera misteriosa sin tregua ni descanso de una jabalina que parecía tener alas, y de un caballo y jinete que parecían avanzar al viento. Era una carrera fantástica, sobrenatural.

De pronto le pareció ver al conde algunos edificios que cruzaban por delante de su vista, y se le figuró que su caballo pasaba rozando casi una elevada cerca. Iba á fijarse en ello cuando, tropezando su montura en una piedra, se dejó caer de rodillas y de un bote lanzó al jinete de la silla, enviándole á caer á cuatro pasos de distancia. Una exclamación de sorpresa llegó hasta el caballero, que se levantó precipitadamente y paseó una mirada atónita por su alrededor.

La luz de la luna le permitió hacerse cargo de todo.

La jabalina había desaparecido en el torrente de su impetuosa carrera, el caballo, que diera un bote para levantarse, se había vuelto á dejar caer y yacía tendido; una puerta, coronada por una gigantesca cruz negra, se abría misteriosa ante el conde, quien arrojando por ella la vista distinguió una porción de cruces surgiendo del suelo y destacándose de entre grupos de maleza iluminados por la luna; y por fin, una mujer de cabellos blancos y sueltos, de rostro pálido, de traje hecho girones, á quien contribuían á dar cierta apariencia sobrenatural la hora, el sitio, el misterio y la luz de la luna, se presentaba como guarda de los sepulcros junto á la puerta de aquella mansión de los muertos.

Era la que había lanzado la exclamación de sorpresa al ver caer al conde.

El cazador nocturno, sobrecogido, quizás por primera vez en su vida, de una especie de estupor, reconoció en aquella anciana á la que casi había atropellado con su caballo aquella tarde al salir del castillo.

— ¡Oh, Dios mío lo envía! exclamó Amaltrudis.

Y se dirigió hácia el señor de Mongrony, que permanecía inmóvil, atónito ante lo que veía, absorto ante lo que pasaba.

— Conde Arnaldo, prosiguió la anciana con cierta solemnidad en su acento; esta tarde he seguido tu caballo mientras he tenido fuerzas, y cuando he visto que me faltaban y que me sería imposible alcanzarte, me he arrastrado hasta la puerta de este cementerio. Algo me decía en mi interior que un día supremo como este no se terminaría sin que yo te viera y que Dios te enviara á mí. Dios te ha enviado. Oyeme pues, conde Arnaldo.

El conde contempló á aquella mujer que se le aparecía como una pitonisa antigua, y volvió á mirar en torno suyo. Trató de hacerse fuerte, de rebelarse contra la especie de congoja que sentía y la especie de autoridad con que le hablaba la anciana.

— ¿Qué lugar es este? exclamó. ¿Quién eres tú que me hablas en nombre de Dios?

— ¿Quién soy? dijo Amaltrudis con amargo acento. Es inútil que te diga mi nombre, no le conocerías, pero en este momento soy... soy acaso la voz de tu conciencia. Seré breve, continuó la anciana, ¡oyeme! ¿Conoces este medallón?

Y Amaltrudis, adelantándose hácia el conde, le mostró á la luz de la luna el medallón que le hemos visto arrebatarse al cadáver de Rogerio. El de Mongrony lanzó un grito, cogió la joya y examinándola exclamó:

— ¡Dios eterno! ¿Cómo ha venido á parar á tus manos?... Este medallón...

— Este medallón se lo diste tú hará veinte años á una jóven que se llamaba Elda.

— ¡Oh! exclamó el conde cubriéndose el rostro con las manos como si la anciana hubiera evocado con aquel solo nombre un recuerdo fatal de su historia.

— Sí, dijo Amaltrudis solemnemente, bien puedes ocultar el rostro, conde Arnaldo, para que la luz de la luna no descubra tu confusión y tu vergüenza. ¿Te acuerdas, no es verdad, te acuerdas de Elda, aquella pobre niña inocente, casta como el primer rayo del sol, á quien yo, servidora antigua de su casa, arrullé en la cuna con mis cantos y mecí en la falda con mis caricias?

El conde parecía aterrado. Amaltrudis prosiguió con voz sombría:

— Para robarla á tu persecución, sus padres la enviaron al monasterio de San Juan de las Abadesas. No queriendo dárte la por manceba, la dieron por esposa al Señor. ¡Ay que ellos ignoraban lo que sucedía en el monasterio de San Juan! ¡Ay, ellos no sabían, nadie sabía que el claustro de aquellas vírgenes del Señor, recibía á deshora de la noche las visitas misteriosas del conde Arnaldo y de otros amigos suyos tan descastados como él y como él tan impíos y sacrilegos! El rayo del cielo y la ira del supremo pontífice han caído por fin sobre aquel sitio, convertido por vosotros en teatro de horrores y de iniquidades. Elda, la inocente, la pura, la hermosa Elda fué tu víctima. No pudiste robársela á sus padres y fuiste, infame y sacrilegamente, á robársela al Señor. Cierta noche la sacaste del monasterio por un camino subterráneo y la llevaste á casa del judío Abraham ben Aben Herza, y allí, entre la desesperación, la vergüenza y el llanto que jamás se borraba de sus ojos, la infeliz Elda dió á luz un hijo que me fué confiado. En aquellos momentos supremos la pobre jóven se acordó de la antigua servidora de su casa, y me envió á buscar. Abandonada por ti en la morada inmunda de un judío, que no se cuidaba de ella, perdida, deshonrada, despreciada de todos, destrozada su conciencia por el remordimiento de haber faltado á Dios, á sus padres y á su virtud, Elda murió en mis brazos encargándome su hijo. Al espirar me llamó y me dijo: « Mi hijo será tu hijo; que jamás sepa á quién debe el ser, que no tenga nunca que bajar la cabeza avergonzado ante la falta de su madre y que sentirse estremecer de cólera ante el crimen horrible de su padre. Si algun día, no obstante, la misericordia de Dios quiere hacerle bajar al sepulcro antes de tiempo, y te conserva á ti la vida para amortajar al hijo como hoy amortajarás á la madre, entonces recoge el medallón que lleva al cuello, corre á buscar á su padre aunque sea al cabo del mundo y dile: « Tu hijo ha muerto; este es el medallón que distes á su madre. »

— ¡Cielos! gritó el conde Arnaldo apartando las manos de su rostro y dejando ver sus facciones horriblemente lívidas ¡cielos! mi hijo...

— ¡Tu hijo ha muerto! repitió lentamente la anciana. Este es el medallón que distes á su madre.

— ¡Mi hijo! ¡Mi hijo muerto, y acaso vivía cerca de mí, en esta aldea!... ¡Y yo lo ignoraba! ¡Mi hijo! ¡Oh! anciana, dime, dime, ¿dónde está mi hijo?...

— Tú debes saberlo, contestó friamente Amaltrudis, pues que esta mañana tu justicia le ha expuesto cadáver en la explanada del castillo.

— ¡En la explanada!... ¡cadáver!... ¡mi justicia!... balbuceó el conde que creía estar delirando. No te comprendo, anciana. Di, di, por tu vida, prosiguió clavando en ella una horrible mirada de angustia, ¿cómo le llamabas?... ¿qué nombre le habías dado á mi hijo?

— Rogerio.

No fué un grito, fué un rugido lo que se escapó de los labios del conde. La sangre se agolpó en choque tan violento, en tan espantosa oleada á su cabeza, que sus ojos llegaron á inyectarse de ella.

— ¡Horror! ¡horror! ¡y yo soy su asesino! murmuró con un acento imposible de explicar, cayendo de rodillas junto á la puerta del cementerio.

Amaltrudis se echó dos pasos atrás, las facciones desencajadas, la cabellera flotante y en desórden, brotando fuego sus ojos. En seguida, crispados su puños, adelantando sus nervudos brazos y extendiéndolos sobre la frente inclinada del conde, imponente de indignación, de cólera, de majestad, perfilándose su sombra á la luz de la luna que parecía vestirla con un manto ondulado de mágica luz, exclamó con acento febril y nervioso:

— ¡Asesino del hijo, yo en nombre de su madre por tí deshonrada y perdida, yo, yo te maldigo!

El conde Arnaldo lanzó un grito ahogado y desgarrador ante aquel anatema, pero en el mismo momento una sombra blanca se dibujó en la puerta del cementerio, una mano trémula se extendió tambien sobre la frente del conde, y una voz, una voz dulce como el suspiro de una virgen, melancólica como la vibración de una lira, débil como el susurro de la brisa, una voz pronunció:

— ¡Y yo, conde Arnaldo, en nombre de tu hijo, yo, yo te perdono!

Y dichas estas palabras, la sombra blanca retrocedió algunos pasos y se volvió á dejar caer, pálida como su vestidura, sobre la huesa de encima la cual se había levantado.

Era la damisela Dulce.

La damisela Dulce que mientras Erasmo corria tras ella hácia el Pinar negro, se dirigía al cementerio de la aldea donde por la mañana había visto penetrar á la anciana con el cadáver de Rogerio. Al llegar vió una huesa con la tierra recientemente removida junto á la puerta, y una tosca cruz clavada por una mano caritativa. Dulce comprendió por instinto que era aquella la tumba que buscaba, y se dejó caer estallando entonces en lágrimas y suspiros, como reventada en el bosque la granada demasiado llena lanzando su lluvia de rubies. Allí había permanecido hasta la noche, desde allí había oído la conversacion que tuvo lugar en la puerta del cementerio, y ya la hemos visto levantarse en un ímpetu de calenturiento entusiasmo para ir á pronunciar, ángel de perdón y de misericordia, palabras de consoladora dulzura.

Falta saber ahora cuál fué el fin de los personajes de esta historia.

La noche de que acabamos de hablar fué la última del conde Arnaldo. Murió de una manera horrible. Al retirarse del cementerio se introdujo en el bosque vecino, errante, desvanecido, fuera de sí, sin saber en qué sitio se hallaba ni á dónde iba. Allí tropezaron con él sus propios perros que vagaban errantes tambien, fatigados de la caza de aquella tarde y hambrientos, y arrojándose sobre él sin conocerle, le destrozaron como fieras.

La tradicion del conde Arnaldo ha quedado viva y localizada en el pais, y ya hemos hablado de una cancion catalana que la recuerda. En el patio del monasterio de Ripoll se estuvo dando por espacio de largos años una limosna instituida por la familia del conde, la cual habian de recibir los pobres sin poder contestar *Dios se lo pague*, como era de costumbre al recibir otras limosnas. En un bosque cercano á Mongrony es fama que, durante ciertas noches de tempestad, se oyen aullidos de perros mezclados con gritos humanos y toques de caza. Se dice que es el conde Arnaldo condenado por Dios á vagar por el bosque perseguido por sus perros. El vulgo cree en esto á piés juntillas.

Por lo que toca á Erasmo no volvió á aparecer. Jamás se supo qué había sido de él. Hubo quien aseguró que había muerto ahogado al querer atravesar un rio á caballo, y que habiendo este perdido el vado, jinete y montura fueron arrastrados por la corriente.

La anciana Amaltrudis pasó á habitar el castillo de La Roca donde á los dos años murió en paz y tranquila, al lado de la damisela Dulce.

Para esta corrieron aun dias felices. Dios, en su divina misericordia, envió un bálsamo consolador al corazón de esta pobre jóven que tanto había sufrido y tanto había llorado. Jamás, sin embargo, mientras vivió pudo olvidar el recuerdo de Rogerio, que guardó eterno en su alma. Muy á menudo los servidores del castillo la oían murmurar aquella melancólica trova, que había aprendido del page, y cuyo estribillo era:

La nineta n' era rossa,  
N' era rossa com un sol.  
¡Amorosa Agna Maria  
Robadora del meu cor!

### Alberto Grisar.

Alberto Grisar, que ha fallecido estos últimos dias en una triste vivienda en Asnieres, á las puertas de Paris, nació en Amberes, y desde su juventud se consagró á la música. Muy luego vino á Paris, donde hizo conocimiento con un excelente hombre, M. Lardin, que había sido amigo de Grétry, y á su lado compuso *la Folle*, que obtuvo un éxito extraordinario. Melesville confió un libretto al jóven compositor: *le Mariage impossible*, que se ejecutó en Bruselas, y tres años despues dió *Sarah*, en la Opera Cómica, á cuya producción siguieron *Lady Melvil* y *l'An mil*.

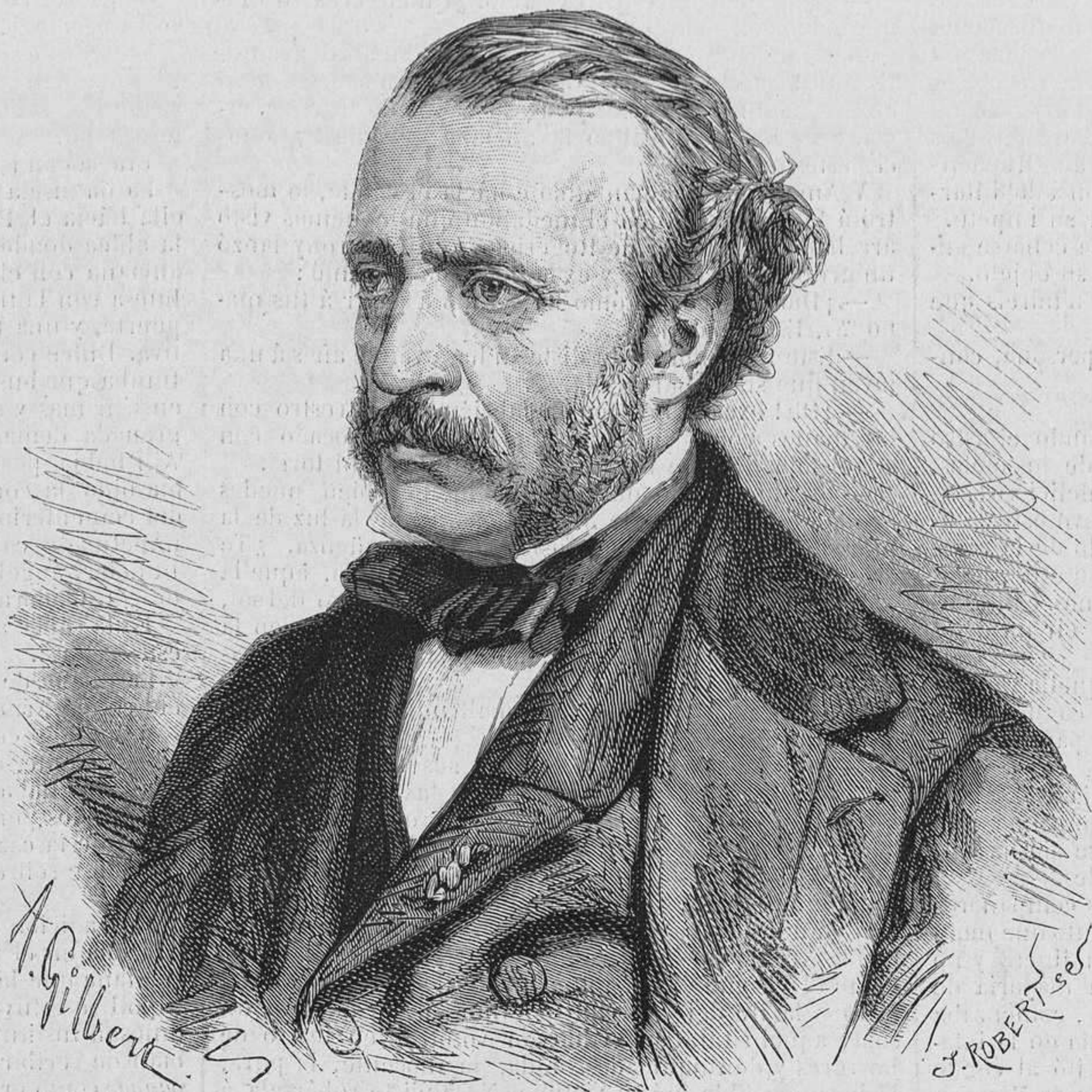
El talento de Grisar se ejercitaba entonces en el género semi-serio; pero de repente vino á entrar en su verdadera via. En 1839 el teatro del Renacimiento daba *l'Eau merveilleuse*, la inspiración mas pura y feliz del maestro. Pasado algun tiempo, Grisar dejó la Francia por la Italia, país que debía ejercer una grande influencia en su talento, que buscaba ante todo la verdad en la declamación. En Sicilia escribió Grisar *Gilles ravisseur*, cuya partitura envió á Paris, y fué ejecutada en febrero de 1848 con un éxito ruidoso.

Con esta ópera Grisar afirmó un género, el género bufo, y conquistaba un puesto inferior al de Auber, pero superior al de Adolfo Adam, á quien sobrepujaba en delicadeza y elegancia. Como Grétry, Grisar buscaba la verdad, y acertaba á veces en los efectos: además, en sus partituras había cierto carácter italiano: el terceto de *Gilles*, al principio del acto, es una obra maestra de gracia y de verdad, sobre todo de verdad, que era la preocupación constante del maestro. Siempre que en la conversacion le tocaba este punto, sus grandes ojos azu-



les se animaban, toda su fisonomía tan fina é inteligente expresaba entonces sus ambiciones artísticas. Después el género bufo decayó hasta la caricatura y la farsa, y se olvidó á Grisar. Sin embargo, el final de *Bonsoir M. Pantalon* es un modelo en este género. Nada mas espontáneo y mas alegre, lo mismo que en el *Chien du jardinier*, que fué tambien uno de sus grandes triunfos.

Las obras subsiguientes de Grisar, aunque tienen partes muy notables, no llegaron á la altura de las que acabo de citar, y ni siquiera se acercaron á los *Porcherons*, cuyo tercer acto, en su principio, es una de las piezas mas bellas del repertorio moderno de la Opera Cómica. El talento de Grisar, talento concienzudo y cuidadoso, que hasta en los menores detalles buscaba la expresion dramática, se cantaba ya: los males físicos habian interrumpido sus mas brillantes facultades. Aquella voz tan suave y delicada no se oía ya en el estrépito de la nueva escuela, y el elegante artista debia dar por terminada su carrera. Sin embargo, deja un nombre en la historia del teatro contemporáneo: un nombre querido y simpático, que puede figurar al lado del de Gretry, cuyas cualidades tuvo Grisar, ya que no su genio. M. S.



Alberto Grisar.

### Exposicion permanente

de Bellas Artes en Fontainebleau.

Hé aquí una buena noticia para el mundo artístico y para la ciudad de Fontainebleau. Si Versailles tiene su museo, Fontainebleau, que los parisienses y los extranjeros visitan tanto como Versailles, tendrá en lo sucesivo su exposicion permanente de Bellas Artes, cuya inauguracion se ha efectuado en la

última semana. Hacia tiempo que se pensaba en fundar en Fontainebleau esta exposicion como un atractivo mas añadido á los del palacio y el bosque. Ya el proyecto es una realidad, gracias al desinteresado concurso de los cinco fundadores cuyos nombres siguen: M. Mar-

tinus Koytenbrouwer, miembro de la Academia de Bellas Artes de Amsterdam; M. Jacquemin, escultor; M. Bourges, director propietario de *l'Abeille* de Fontainebleau; M. Naroux y M. Dumaine. A su costa y riesgo, estos señores emprendieron la fundacion, y si de ella resultan beneficios, los consagrarán á la extension de la obra.

Esta exposicion al dar á Fontainebleau un museo, ofrecerá á los artistas una salida mas para sus obras, que el comité creado por los fundadores, se encarga de vender á los aficionados. El mundo artístico se ha apresurado á responder á este llamamiento, como puede verse por el crecido número de los artistas representados. Con efecto, encuéntrase allí obras de los señores Adam Salomon, Brisset, Blanchard, Casaigne, Charpentier, Chapu, Decan, Devéria, Dantan jeune, Girard, Guiaud, Gélibert, Herson, Hagemann, Lépaule, Lafenestre, Laffitte, Martinus, Moysse, etc.

Un reglamento comunicado á todos los artistas, les da á conocer la mínima comision que se cobra por la venta de las obras.

La exposicion permanente de Fontainebleau está constituida de manera que seguramente tomará incremento. Por una parte está llamada á hacer buenos servicios á los artistas, y por otra aumenta con uno mas los museos que ya existen en los departamentos. Bajo este último concepto se puede abrigar la esperanza de que crecerá rápidamente y de que no la faltarán los auxilios del Estado. R. DE M.

### El bosque de Vincennes.

Gran chasco se llevaria el que con una antigua histo-



FONTAINEBLEAU. — Exposicion permanente de Bellas Artes.





EL NUEVO PARIS. — Vista tomada en el bosque de Vincennes.



ria de Paris en la mano buscarse hoy la célebre encina de San Luis y el recinto donde estaba la modesta residencia de Odetta, y en la colina el castillo de Beauté, elevado por el regio amante de Inés Sorel, pues árbol, casa y castillo, todo ha desaparecido hace largos años.

Quizás se encontrarían algunas de las espesuras á cuya sombra Margarita de Valois, Gabriela de Estrées y la Grande Mademoiselle se pasearon sucesivamente; y digo quizás, porque no creo que el artista que ha presidido á la trasformacion del bosque de Vincennes haya tenido por esas sombras históricas el respeto de un anticuario. Seguramente se dijo que ese parque real al cambiar de amos ó de visitantes debía también cambiar de aspecto; que á las tortuosas sendas debían suceder anchas avenidas donde la muchedumbre pudiera circular fácilmente; que en lugar de los escondidos arroyuelos, se necesitaban ríos y lagos que, al reflejar la viva luz del sol, difundiesen en su derredor una frescura saludable.

Se trataba de una trasformacion completa.

El ingeniero á quien se confió esta difícil obra realizó en menos de dos años lo mas grandioso y pintoresco que puede imaginarse. En un terreno seco y árido hizo brotar aguas que dibujan en el bosque las mas caprichosas sinuosidades; abrió lagos y carreteras, multiplicó las perspectivas, los puntos de vista, y trasformó así el bosque real en un lugar encantado dedicado al pueblo.

Es de ver como todos los domingos se esparce la poblacion laboriosa en torno de los lagos, á lo largo de las corrientes de agua, en las islas, en la espaciosa pradera que protege un doble cortinaje de añosos castaños!

El bosque es, en efecto, el parque del pueblo, para él se ha trasformado, y ciertamente que sabe aprovecharle. ¿Quién es el autor de tan preciosa obra? La multitud la atribuye á M. Alphand; pero es de su colega M. Bassompierre; para nosotros solo el que ha dibujado el bosque de Boulogne ha podido trasformar el de Vincennes, y nos complacemos al consignarlo así, para que no se quite á un grande artista el mas bello florón de su corona.

P. P.

## Usos y costumbres.

LOS CHINOS.

(Conclusion.)

En un lago anchuroso, prosigue Staunton, situado al oriente del canal y cerca de su orilla, se ven miles de barcos destinados á pescar con el *Leu-Tse*.

En cada canoa hay diez ó doce de aquellos pájaros que se zambullen á la señal del dueño: no se puede ver sin admiracion los enormes pescados que dichas aves cogen y llevan en su pico, y los tienen tan amaestrados, que no hay necesidad de ponerles en el cuello anillo ni cordón para atajarles el tragadero de parte de la presa, y solo comen lo que les da el amo para estimularlas y alentarlas: la canoa de que se valen estos pescadores es en extremo ligera.

Otro modo peregrino de pescar es el que emplean los habitantes de las riberas del lago *We-Chang-Hoa*, que separa la provincia de *Cian-Tung* de la de *Niang-Nan*.

En el extremo de una canoa está una tabla teñida de blanco, y le dan una inclinacion que forma con el agua un ángulo de cerca de cuarenta y cinco grados, y cuando hace luna va girando la barca de manera que los rayos de la luna bañan de cuajo la tabla jabelgada y le dan la apariencia del agua; entonces se arroja encima de ella el pescado como si fuese su elemento, y tirando repentinamente el pescador de una cuerda lo vuelca en la canoa.

Es también muy graciosa la manera con que cogen los chinos las aves acuáticas en el mismo lago: al efecto dejan bambolear en el agua vasijas vacías y calabazas para que se familiaricen las aves con dichos objetos: entonces entra un hombre en el lago con una vasija en la cabeza y va nadando pausadamente hácia un pájaro, y lo tira abajo sin hacer el mas mínimo ruido por no espantar á los otros, y continúa del mismo modo esta caza hasta tener lleno el saco.

Este método, que tan extraordinario parece, es puntualmente el mismo que, segun Ulloa, se practica en la América meridional.

Los soldados se divierten en coger el pescado con el arco y con la flecha, que atan al arco por medio de una cuerdecita, ya para no perderla, ya para valerse de ella é ir enhilando los peces con la misma. Esto es todo lo que hemos podido recoger acerca de las diversiones de los chinos.

Los ministros y principales señores de la corte no van á pié en la capital, y ellos solos tienen el derecho de hacerse llevar por dos ó mas hombres en literas cubiertas de paño verde; con todo, no siempre se valen de ellas, sino que hacen uso de carretas pequeñas, parecidas á las de los particulares.

Son estas de forma algo larga, redondas por encima, y forradas, tanto por dentro como por fuera, de paño burdo azul, y guarnecidas de almohadones negros. Muchos de estos carruajes están cerrados por delante, y tienen una puerta lateral; pero generalmente van abiertos; hay además en los dos lados sus viserillas para ir

viendo lo que pasa por la calle: y la entrada sirve de pescante al conductor para desde allí gobernar el caballo. Dichos carruajes están hechos con solidez; pero no están colgados, y por esta razon, si no incomodan cuando pasan sobre un terreno llano, se hacen muy fatigosos en yendo sobre piedras; y á fin de suavizar los vaivenes, suelen colocar los chinos las ruedas muy atrás.

Hay sillas de manos para la gente inferior, que están sostenidas por un solo palo ó baston puesto á través de un anillo que está en la cintura, y se asemejan mas bien á una gran jaula, que llevan dos hombres casi del mismo modo que nuestros mozos de cordel llevan un barril que, para evitar todo estremecimiento, afianza el que va detrás con ambas manos.

En las cercanías de *Ku-Lu-Sin* ha visto De Guignes un chino llevado por otros dos sobre una especie de angarillas compuestas de dos largos bambúes: aquel hombre estaba sentado con los pies tendidos y apoyados en una mesita atada con algunas cuerdas al asiento de las angarillas.

Los conductores de literas van regularmente descalzos y con la cabeza desnuda ó cubierta solamente con un sombrero de paja de alas grandísimas y de figura bastante rara, que los guarece de la lluvia y de los rayos del sol.

Los mozos de cordel, que abundan mucho en la China, cargan con las maletas de los viajeros y hacen por hora una legua cumplida.

En la ciudad de *Pu-Cen-Hien*, que no dista mucho del río *Min-Ho*, se encuentran de ocho á diez mil mozos que están esperando el arribo de las barcas. Se sirven de perchas de bambú, en medio de las cuales suspenden con cuerdas los fardos que se les entregan.

Siendo la paga á proporcion del peso, procuran ellos aumentar cuanto cabe, y hasta se encuentran que hacen diez leguas al dia, llevando un peso de cerca de sesenta libras.

No será inoportuno hacer aquí una particular mencion de la carreta de viento que usan los portadores chinos. Cuando el viento es favorable y son llanos los caminos, suelen los chinos levantar en sus carretas una especie de vela para disminuir la fatiga al ganado; pero cuando el viento es contrario, se retira la vela, y otro hombre se emplea en tirar de la máquina, terciándose una cuerda por hombro y espalda.

La carreta en cuestion contiene, entre otros varios renglones, un cesto de fruta, una cajita de té, bambúes sueltos, una jarra de vino cuya tapadera está cubierta de arcilla para que el aire no malee el licor: van puestos á un lado el sombrero y algunos arneses necesarios para arreglar la máquina.

Fáltanos finalmente apuntar lo relativo á su comercio. No queremos orillar la opinion que tienen comunmente de ellos los viajeros acerca de su modo de traficar.

Así que nos cuentan que los chinos, generalmente hablando, son amigos del fraude, y que no tienen por delito ni mengua el engañar á los sugetos con quienes negocian, de manera que, por advertido que sea cualquiera, y por mas que esté sobre sí, nunca puede zafarse de sus trampas.

La máxima del mercader es que el comprador tiene por principio dar siempre tan poco como puede, y aun nada daria, si estuviese en su mano; y el vendedor no tiene menos derecho de vender al mayor precio posible, y de valerse de todos los medios para aumentar el precio de la propia mercancía; de donde infieren ellos que no es el vendedor quien engaña, sino el comprador quien se engaña á sí mismo, de suerte que cualquier lucro extraordinario que haga el vendedor por la condendencia de su comprador, se conceptúa como fruto de su propia industria.

Hay además entre ellos muchos ejemplos, no solo de honrados y candorosos comerciantes, de trato leal y aun desprendido, sino aun de fidelidad incapaz de cohecho.

Es la China un país aventajadamente dispuesto para el comercio interior; pues dos ríos inmensos lo atraviesan del Oeste al Este, sin contar otros muchos de Norte á Sur, ó de Sur á Norte.

Esta feliz distribucion de aguas y las ventajas que de ellas resultan, no quedaron desconocidas por mucho tiempo de un pueblo industrioso y ambicioso como el que mas de proporcionarse muchas riquezas.

Así es que se dedicó á idear medios para alcanzarlo, y conoció muy luego que el comercio de provincia á provincia era un manantial inagotable de bienes, y que era preciso aplicarse con todo ahinco á perfeccionarlo. De aquí procedieron tantísimas obras útiles y grandiosas, como canales de una longitud portentosa, diques construidos para atajar las inundaciones de los ríos, malecones para conservar las aguas y conducir las por las tierras bajas y pantanosas, y finalmente, cómodos barquichuelos apropiados al transporte y conservacion de las mercancías.

Tales han debido ser, y tales han sido en efecto las consecuencias de la reflexion y experiencia de los chinos: y debemos confesar que muy pocas naciones han hecho otro tanto para el fomento y prosperidad del comercio interior. Cada provincia trueca sin dificultad sus frutos con los de las mas remotas: y del extremo del imperio puede un mercader llegar á *Pe-King* sin desamparar el buque donde se embarcó primitivamente.

El comercio interior es muy cuantioso; y no puede menos de ser así en un pueblo reconcentrado hasta cierto punto en sí mismo, separado del resto del universo, y que solo vive por sus propios medios.

Se halla en la China todo lo necesario á la vida; pero cada provincia tiene sus riquezas y géneros peculiares,

y si no se ayudasen recíprocamente, estarían todas ellas reducidas á la indigencia.

Las provincias de *Hu-Guang* y de *Kiang-Si* hacen un gran comercio de granos, y las sedas mas hermosas se venden en el *Cie Kiang*, las mejores telas y las obras barnizadas mas primorosas en el *Kiang-Nan*, el hierro y el cobre en *Cien-Si* y *Cian-Si*, el azúcar, té y drogas medicinales en *Fo-Kien*; y así es que cada provincia de aquel imperio tan dilatado saca ventajas de sus producciones particulares.

El padre Du Halde asegura que el único tráfico que se hace en las quince provincias de la China no es menos considerable del que hacen respectivamente entre sí las principales naciones de Europa.

Las relaciones de los chinos con las otras naciones son poquísimas, y de consiguiente su comercio exterior es reducido. En toda la extension larguísima de las costas marítimas de la China, solo tres parages expiden mercancías al extranjero, y son: *Quan-Tong*, *Em-Uy* y *Ning-Po*.

Los chinos parten por mayo y junio, van al Japon con los monzones del sud-oeste, y llevan allí ruibarbo *gin-seng*, tejidos de seda, cuerdas para instrumentos, madera de águila, sándalo, cuero, paños y azúcar, y hacen mucha ganancia con este último renglon.

Las yuncas vuelven en octubre con los vientos del Norte y conducen finas perlas, oro, cobre rojo en barras y trabajado, hojas de sable, papel y obras barnizadas: llevan á Manila telas y medias de seda, bordados, té, porcelanas, barnices y drogas, y toman en cambio arroz, nidos de pájaros, perlas y palo de tinte.

Las yuncas van á Balavia en el mes de diciembre, cargadas de porcelanas, té, vasijas de cobre, ruibarbo y otras drogas: y toman al regresar, plata, pimienta, nuez moscada, clavo de especias, cáscaras de tortugas, nidos de pájaros, madera de sándalo, palo rojo, ámbar amarillo y paños de Europa.

La Cochinchina recibe telas y estofas, y en cambio da oro, arec y canela. Las embarcaciones que van á Malaca, Siam y á Camboya, traen cañas de Indias, alcanfor, nidos de pájaros, colmillos de elefante y cuernos de rinoceronte.

Los chinos que van á traficar con el extranjero han de volver á su plazo fijo, y los que se quedan con los extranjeros no se consideran como pertenecientes al imperio, aun cuando esto suceda por algun accidente imprevisto: y si alguien se aventura á embarcarse en algun buque europeo, debe hacerlo con sigilo, pues si al regresar á la patria, lo descubriesen los mandarines ó soldados, se lo quitarían todo sin esperanza de moverlos á compasion.

Los chinos han dirigido siempre sus miras hácia el comercio interior; y aunque el comercio exterior les presentase ventajas de bastante consideracion, no lo fomentaron, sin embargo, como lo hubieran debido hacer, en primer lugar, porque no le gusta al pueblo salir del propio país, que prefiere á todos los demás; y en segundo lugar, porque quien va á buscar fortuna entre los extranjeros, por una preocupacion dominante, es mal visto de sus compatriotas.

Esta opinion extraña, que siempre se ha conservado, hizo cerrar á los extranjeros, mientras reinaron los emperadores chinos, los puertos de la China, á excepcion de *Quan-Tong*; y si bien los tártaros, que se enseñorearon del trono en 1644, los abrieron, al momento se arrepintieron, é imitando el ejemplo de sus antecesores, vincularon nuevamente el comercio de los europeos al citado puerto.

Desde entonces hasta el dia de hoy, ha habido acontecimientos que han cambiado mucho la faz de las cosas en este punto; pero el asunto sale de los límites en que hemos querido encerrar este artículo, puramente, como dice su título, de usos y costumbres.

M. DE F.

## El llanto de la vida.

NOVELA CHINA.

De todos los pueblos del Asia los chinos son sin contradiccion los mas adelantados, como son quizás los mas antiguos. La situacion geográfica del país que habitan, su clima tan variado, su suelo tan fértil, sus comunicaciones interiores tan fáciles, todo ha debido contribuir á darles la superioridad que tienen sobre los demás pueblos asiáticos de los cuales ninguno les iguala en número, industria y civilizacion.

Desde los viajes de Marco Polo, célebre viajero del siglo XIII, cuyos relatos fueron considerados por mucho tiempo como fabulosos, hasta la China del señor Davis traducida en varias lenguas y resúmen de 89 obras anteriores, mas de cien autores de todas naciones se han ocupado de las cosas de este pueblo extraordinario. Y á la verdad ningun país tiene tantos derechos á nuestra admiracion como la China, el mas antiguo imperio del mundo, el solo que, como el del Japon, haya resistido por tantos siglos á los vaivenes de las borrascas políticas, á los huracanes del tiempo devastador, el solo en donde se halla á la vez el líquen y la palma, el renjifero y el elefante. A pesar de su muralla de mil leguas, los Vártaros, Dougoles y Mandtchues entraron en la China, y destronaron á las dinastías reinantes, pero no por esto decayó el imperio chino, pues el



conquistador adoptó las costumbres y hasta la lengua del pueblo conquistado, que mas fuerza adquirió que no perdiera por aquel hecho. Un pueblo que tiene monumentos que suben á 3,200 años antes de la era cristiana, como la inscripcion del Emperador *iu* cuya autenticidad ha sido probada por el célebre Klaproth, monumento que demuestra el conocimiento que ya tenian de la escritura en una época anterior á la del diluvio de las tradiciones mosáicas, un pueblo que conoció la imprenta, el arte de hacer la pólvora y las propiedades de la piedra iman ó calamita muchos siglos antes que los europeos; un pueblo, por fin, cuyos filósofos han precedido á los Pitágoras y á los Platones en las sublimes teorías místicas del *logos*, tan ingeniosamente reproducidas en el evangelio de S. Juan, (1) merece sin duda la atención de los sabios. Deseamos que algun literato español escriba un día la historia de los hechos, de las costumbres, de la religion y de la lengua de ese pueblo que la política de la Rusia y de la Inglaterra tienden á unir cada dia mas con los pueblos de Europa. Nos limitaremos nosotros á decir algo sobre su literatura y traduciremos algunos trozos de los mas interesantes. A pesar de no haber teatros públicos como los habia en Grecia y Roma, y del desprecio en que se tienen los actores, en una coleccion poco considerable de libros chinos de la compañía de las indias orientales se cuentan 200 volúmenes de piezas teatrales, y una sola obra en 40 volúmenes contiene precisamente 100 dramas. Se diria que mas tolera el gobierno que no autoriza esta especie de diversiones, aunque en ciertas fiestas religiosas los mismos mandarines suministran los fondos necesarios para construir los teatros, lo que hacen con una sorprendente facilidad por medio de cañas de bambú delante de los templos ó en las plazas. Los espectáculos duran muchos dias; los actores forman en general lo que llamamos nosotros compañías de la legua ó volantes, van por cuadrillas de diez ó doce y son pagados segun sus talentos. Los mejores son los de Nanking. Recorren el imperio y reciben á veces considerables sumas de los ricos, en cuyas casas van á dar representaciones para lucir sus fiestas. Para dar una idea del delirio de los chinos por las diversiones dramáticas copiaremos la lista de los gastos teatrales que se renuevan cada año en Macao, villa medio portuguesa y que encierra muchos ricos chinos.

Frente el gran templo, cerca el muro de separacion que confina con los portugueses, se dan veinte y dos representaciones, las cuales, sin contar los gastos de construccion del teatro, cuestan 2,200 duros que para los chinos, en donde el jornal de un mancebo no llega á un real, es una suma enorme, y hay piezas que cuestan 2,000 duros. Por fin, el total de los gastos de todos los teatros sube á 6,000 duros, cantidad que satisface una pequeña poblacion de tenderos y artesanos.

El modo de producir la ilusion no es el mismo que usamos en Europa. Los papeles de mujer no son nunca desempeñados por actrices, y cuando, supongamos, quisiere manifestar la órden que tiene un general de salir para una provincia lejana, agita un látigo, ó toma las correas de una brida y da muchas vueltas sobre la escena en medio de un ruido espantoso de gongs (2) y trompetas; luego se para y anuncia al auditorio que ha llegado, y si se trata de dar el asalto á los muros de una villa, tres ó cuatro soldados se tienden uno encima del otro para representar la muralla. Los chinos, como nuestros románticos, no conservan la unidad de tiempo, de lugar y de accion de los clásicos.

Los trajes son bastante apropiados á las circunstancias y son los que llevaban anteriormente en la conquista de los Tártaros no representando sucesos posteriores á esta época. Como los chinos no establecen distincion bien marcada entre la tragedia y la comedia, los derechos de sus piezas al uno ó al otro de estos títulos son determinados por los sugetos y el diálogo, siendo mas elevados y mas graves en el primer caso, sin permitirse las graciosidades, chistes y gestos que son comunes en las comedias.

Tambien tienen novelas los chinos y leyendas de mucho interés: tal es la que presentamos traducida. Ese Lao-frui ó Lao-tseu, de quien hemos hablado en la nota que precede, como todos los hombres que des-

(1) Todo el mundo conoce este Evangelio que empieza así: « En el principio era el *logos* (verbo, rason) y el *logos* era con Dios y el *logos* era Dios. Este era en el principio con Dios, todas las cosas fueron hechas por él y nada de lo que fué hecho se hizo sin él, en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres: y la luz resplandeció en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron, etc., pues en el Trote-King de Lao-tseu anterior de siete siglos á san Juan se lee: Un solo ente existia antes del caos que precedió al nacimiento del cielo y de la tierra; un solo ser existia inmenso y silencioso, inmutable y siempre en accion, y la madre del universo ignoró su nombre, pero lo designó con el nombre *razon*, palabra que en griego se traduce por *logos* que la vulgata tradujo en latin por *verbum*, porque san Juan que escribió su Evangelio en griego escribió *logos*; estas teorías parecen reproducidas en las cartas de san Pablo (Ep. ad. Rom. v. 12. Ep. ad. cor. v. 25, cap. 2, v. 6, 7 y 8.) y es al Tao de Lao-tseu el Riagam del tarka chasñ tram de los Indos el gui del Sanscrito.

(2) El gong es un instrumento en forma de uno de los platillos de nuestras bandas militares, pero mucho mas doble, con una prominencia en el centro sobre la que se golpea con una baqueta igual á la de nuestros bombos, y el estruendo que produce se oye á mas de una legua y sirve para tocar generala y ataque á la tropa.

cuellan sobre sus semejantes ya por fuerza como Hércules, por hermosura como Atis, por grandeza como Alejandro, por habilidad artística como Apolo, ya por haber sido fundadores de una ciudad como Rómulo, de un reino como Manco-Capac, ó de una secta como Moisés y otros antes y despues de él, tuvo un nacimiento extraño: su madre que le parió sin dejar de ser virgen quedó en cinta por la ocurrencia de una grande estrella que se le apareció y lo llevó, dicen, 72 años en el vientre dándolo á luz con el pelo de un Lao-tseu ó viejo. Este filósofo tuvo cuatro principales discípulos de los cuales el primero era Tchouang-tseu.

En los últimos años de la dinastia de los Tcheou apareció en la China un famoso filósofo, dice el cuento chino (del que Voltaire sacaria mas de una idea para su *Zadig*), llamado Tchouang-tseu; nació en Meug, ciudad del reino de Soung. Tuvo un pequeño mandarinato (1) y se hizo discípulo de un sabio muy célebre en aquel tiempo y autor de la secta de *Tao*.

Siempre que Tchouang-tseu dormia, era interrumpido por un sueño. Se imaginaba ser una grande mariposa que volaba por acá, por allá, ya por un bergel, ya por un prado. La impresion de este sueño era tan viva que aun al despertarse creia tener alas en las espaldas y estaba en disposicion de volar. No sabia qué pensar de un sueño tan frecuente y tan extraordinario.

Un dia aprovechándose de un momento de ocio, despues de un discurso de su maestro Lao-tseu sobre el Y-king (2) le propuso el sueño que se formaba tan á menudo en su imaginacion y le pidió su explicacion. « Hela aquí, contestó este hombre admirable, para quien no habia nada oculto en la naturaleza. La causa de este sueño portado debe buscarse en los tiempos que han precedido á este eu que vivís. Sabed que cuando el caos se desenredó y se formó el universo fuisteis una bella mariposa blanca. Las aguas fueron la primera produccion del cielo, la segunda fueron los árboles y las plantas de que se engalanó la tierra, porque todo floreció y brilló en aquel punto. El hermoso insecto vagaba á su antojo é iba á oler las flores mas exquisitas. Hasta supo sacar infinitos placeres del sol y de la luna, y procuróse finalmente una fuerza que le hizo inmortal. Sus alas eran grandes y casi redondas, y rápido su vuelo.

Un dia que se divertia á sus anchuras dejóse caer sobre las flores del jardin de recreo de la gran reina, en donde habia hallado el secreto de insinuarse, y echó á perder algunos botoncitos apenas entreabiertos. El ave misteriosa á quien habiase dado en guardia este jardin dió á la mariposa un picotazo del que murió.

Dejó pues sin vida su cuerpo de mariposa; pero el alma que era inmortal no se dispó; pasó á otros cuerpos y se halla hoy en el de Tchouang-tseu. Esto es lo que pone en vos tan felices disposiciones para ser un gran filósofo, capaz de ensalzarse, de adquirir el arte que enseña, de purificarse por un entero desapego y de adquirir en el perfecto conocimiento del espíritu y del corazon. »

Desde entonces Lao-tseu descubrió á su discípulo los mas profundos misterios de su doctrina, y el discípulo se sintió al instante otro hombre; y siguiendo su primer origen tuvo verdaderamente la inclinacion de la mariposa que consiste en cernerse de continuo sin fijarse por mucho tiempo en ningun objeto por bonito que parezca. La mas brillante fortuna no pudo tentarle desde entonces.

Lao-tseu viendo que su discípulo se habia enteramente hecho superior á las distracciones del siglo y gustaba de la verdad, le indujo en los misterios del *Tao-te-King*, porque es de saber que las cinco mil voces que le componen son todas misteriosas. Ya no tuvo nada de privado para consejante discípulo, que iluminado por aquella luz renunció al destino que poseia, y se despidió de Lao-tseu. Se puso á viajar con la esperanza de adquirir útiles nociones y hacer nuevos descubrimientos.

Sin embargo, cualquiera que fuese su ardor para el desprendimiento y el reposo del corazon, no renunció á los placeres de la union conyugal. Se casó sucesivamente hasta tres veces. Su primera mujer murió; la segunda la perdió muy pronto por una falta que cometió, y la tercera será el argumento de esta historia. Se llamaba *Tian* y descendia de los reyes de *Tsi*. Tchouang-tseu se habia hecho apreciar mucho en aquel reino, y uno de los principales de esta familia llamado *Tian*, prendado de su mérito, le dió su hija.

Esta nueva esposa tenia muchísimas mas prendas que las dos anteriores. Su rostro era del color de nieve, y su talle era elegante y ligero como el de una inmortal; por lo que aunque este filósofo no fuese naturalmente apasionado la queria con ternura.

Mientras tanto el rey de *Tseu*, enterado de la alta nombradía de Tchouang-tseu, deseó atraerle á sus estados, mandándole un gran número de oficiales de su corte con preciosos regalos de oro y sederías para determinarle á entrar en su consejo en calidad de primer ministro.

Tchouang-tseu, lejos de dejarse deslumbrar por estos ofrecimientos, respondió suspirando con este apólogo: Una becerria destinada á los sacrificios y alimentada desde mucho tiempo con delicadeza, caminaba airosa y altiva cubierta con todas las galas con que se ador-

(1) Mandarin significa en chino comandante civil ó militar.

(2) Uno de los cinco libros sagrados de los chinos.

nan las víctimas. En medio de esta especie de triunfo encontró unos bueyes uncidos que sudaban arrastrando el arado. Esta escena redobló su orgullo. Mas despues de haber sido introducida en el templo, cuando vió la cuchilla levantada sobre su cuello y pronta para herirla, bien hubiera querido estar en lugar de aquellos cuya desgraciada suerte estaba poco antes despreciando. Vanos fueron sus deseos; fué preciso morir. Así rehusó el honrado filósofo los regalos y ofrecimientos del rey.

Poco despues se retiró con su mujer al reino de Song que era su tierra natal, y eligió por morada la agradable montaña de *Nan-hoa* en el distrito de *Tsao-tcheou* para pasar allí filosóficamente sus dias, y disfrutar en su amena situacion lejos del ruido y del tumulto, los inocentes placeres del campo.

Un dia en que paseaba por la falda de la montaña se acercó insensiblemente al cementerio de la poblacion vecina: su multitud de tumbas le sobrecogió. « Y ¡ay de mí! exclamó gimiendo: ¡helos pues allí todos iguales! ya no hay rangos ni distinciones; el mas estúpido confundido con el mas sabio... ¡y un sepulcro es la mansion eterna del hombre que fué! »

Despues de haberse ocupado durante algun tiempo en estas reflexiones, se adelantó orillando las tumbas, y se halló sin pensarlo cerca de una recientemente construida.

La pequeña prominencia hecha con tierra batida no estaba aun enteramente seca. Veíase allí muy cerca sentada una jóven enteramente vestida de luto, un poco ladeada, agitando de continuo un abanico blanco sobre la extremidad superior de la tumba.

Tchouang-tseu sorprendido de esta aventura:

— ¿Me seria permitido, la dijo, preguntaros de quién es esta sepultura y por qué os tomáis tanto trabajo en orarla? Hay sin duda algun misterio que ignoro.

La jóven señora sin levantarse y continuando siempre abanicando, murmuró algunas palabras entre dientes y lloró, lo que parecia manifestar que la vergüenza, mas bien que su natural timidez, la impedia explicarse.

Por fin, contestó:

— Veis una viuda á los piés de la tumba de su marido; la muerte me lo ha desgraciadamente llevado; aquel cuyos huesos reposan bajo esta tumba, me ha sido muy caro durante su vida; me queria con mucha ternura, y en el mismo instante en que espiraba, parecia que no podia dejarme. Hé aquí cuáles fueron sus últimas palabras: Querida esposa, me dijo, si en adelante pensaras en contraer nuevos vínculos, suplicote esperes que se haya enteramente secado la cumbre de mi tumba. Ahora, como veis, la superficie de esta tierra amontonada desde pocos dias, no se secaria tan fácilmente si yo no me ocupase de continuo en ventilarla para disipar la humedad.

A tan ingénuo confesion mucho trabajo tuvo el filósofo para contener la risa, lo que hizo sin embargo; pero decíase á si mismo:

— Hé aquí una mujer que no deja de tener prisa. ¿Cómo se atreve á decir que ha amado á su marido y ha sido correspondida? ¿Qué habria pues hecho si se hubiesen odiado?

Dirigiéndola luego la palabra:

— ¿Deseais pues, dijo, que la cumbre de la tumba sea pronto seca? Pero delicada como sois, os cansariais muy pronto, y os faltarian las fuerzas; dejad que os ayude.

Levantóse á estas palabras la jóven; hizo una profunda reverencia; aceptó el ofrecimiento y le presentó un abanico en todo semejante al suyo. Entonces Tchouang-tseu, que poseia el arte de evocar los espíritus, los llamó á su socorro. Dió algunos golpes con el abanico sobre la tumba, y toda la humedad desapareció. Despues de haber dado las gracias á su bienhechor con una cara alegre y risueña, sacó la dama de sus cabellos un alfiler con cabeza de plata, y se lo presentó á par que el abanico de que se habia servido, rogándole aceptase este pequeño regalo como una muestra de su agradecimiento.

Tchouang-tseu rehusó el alfiler y se quedó con el abanico, despues de lo cual retiróse la señora muy satisfecha, manifestando con sus ademanes el gozo de su corazon.

En cuanto al filósofo, quedó pasmado, y entregándose á las reflexiones que nacen de semejantes aventuras, volvió á su casa. Allí sentado, examinó por algun tiempo el abanico, y lanzando despues un gran suspiro, prorumpió en los siguientes versos:

Si es del porvenir y del pasado

La vida un episodio,

El hombre y la mujer no se han casado

Mas que por resto de odio.

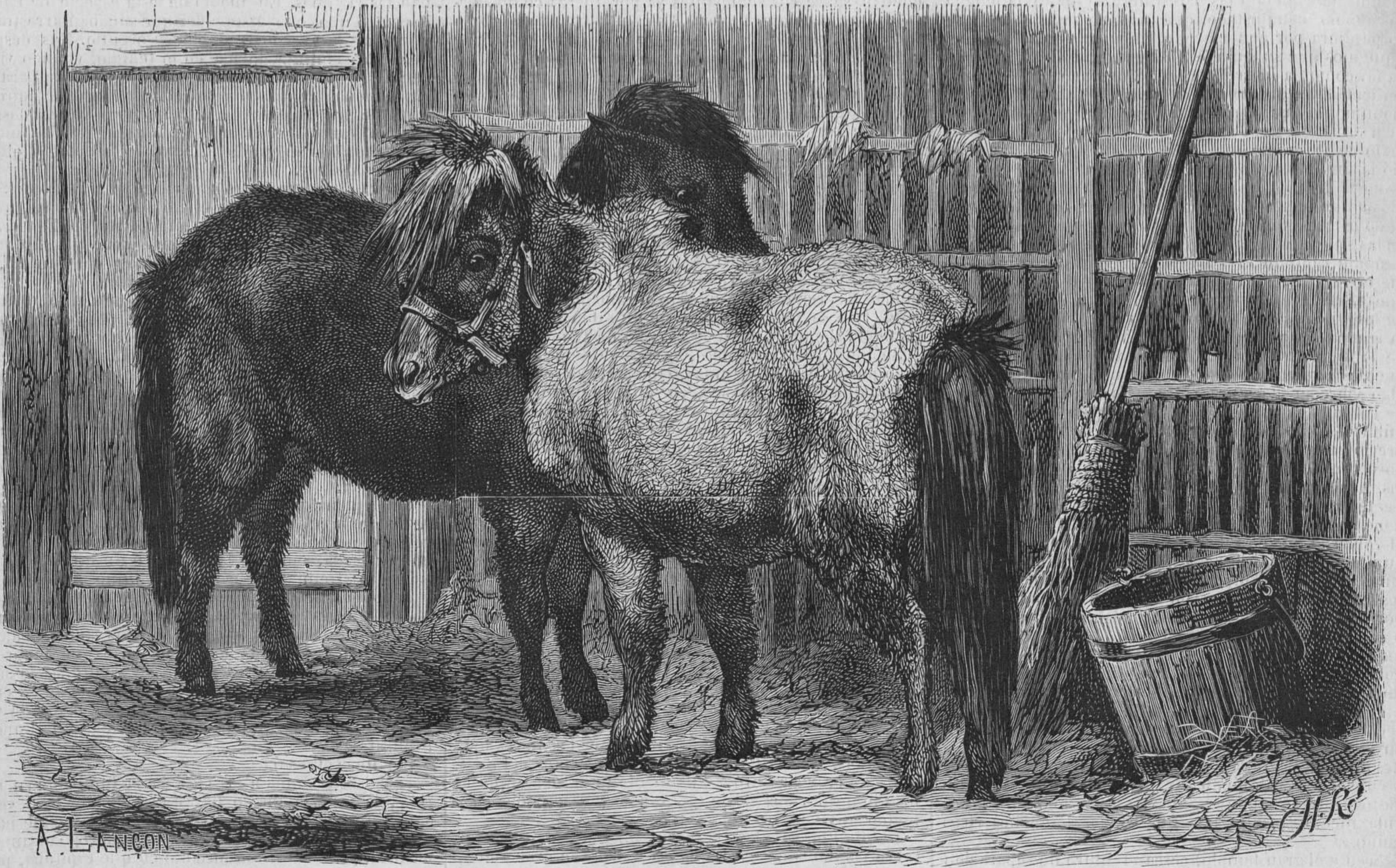
*Tian-chi* estaba, sin ser percibida, detrás de su marido. Despues de haber oido lo que acababa de decir, se adelantó algun tanto y dejándose ver:

— ¿Puede saberse, le dijo, lo que os hace suspirar, y de dónde procede ese abanico que teneis en la mano?

Tchouang-tseu le contó la historia de la jóven viuda, y cuanto tuvo lugar cerca la tumba de su marido en donde la encontró.

Habia apenas acabado su relato, cuando *Tian-chi*, llena de indignacion y de cólera, cargó de maldiciones á la jóven viuda, llamándola el oprobio del género humano, el desdoro y la infamia de su sexo. Mirando despues á Tchouang-tseu:





Las nuevas adquisiciones del Jardin de Plantas. — Caballos enanos de Islandia.

— Lo he dicho y es así, añadió, esa mujer es un monstruo. ¿Es posible hallar otro corazón tan perverso! Tchouang-tseu recitó los versos que siguen:

Mientras vive el marido es adorado,  
Mucho le halaga la mujer y alaba;  
Empero apenas su existencia acaba  
El abanico toma de contado  
Para secar al punto  
La tumba del difunto.  
La mujer tiene angelical semblante...  
Pero ¿y su corazón? es de diamante.

A estas palabras se enfureció la mujer del filósofo.

— Los hombres, dijo, son todos iguales en cuanto a su naturaleza; la virtud ó el vicio es lo único que les distingue. ¿Cómo os atreveis á hablar de este modo en mi presencia y condenar á todas las mujeres, confundiendo injustamente á las virtuosas con una desgraciada que ni existir merece? ¿No os sonrojais de tan inicuos juicios, y no temeis el castigo de ellos?

— ¿De qué sirven tantas declamaciones? replicó el filósofo; confesadlo ingenuamente; si yo muriera ahora, quedando como quedarais en la flor de la edad, con la hermosura y las gracias que tenéis, ¿podriais dejar pasar tres y cinco años sin pensar en nuevo enlace?

— ¿No se dice, contestó la dama, que un ministro fiel no sirve á dos príncipes? una viuda virtuosa no piensa nunca en un segundo marido. ¿Se han visto nunca damas de mi calidad pasar, una vez casadas, de una á otra familia, y dejar el primer tálamo nupcial despues de perdido su esposo? Si por mi desgracia me redujeráis á la viudedad, sabed que seria incapaz de tal accion, que se me presenta como el oprobio de nuestro sexo, y que no me tentarian segundas bodas, no digo antes del término de tres ó cinco años, sino ni en toda la vida. Ni me vendria en sueño tal pensamiento, esta es mi resolucion, y nada podría cambiarla.

— Semejantes promesas, dijo Tchouang-tseu, se hacen con facilidad, pero no se cumplen del mismo modo.

Estas palabras pusieron aun de peor talante á la dama, que prorumpió en palabras poco respetuosas.

— Sabed, dijo, que una mujer tiene á menudo alma mas noble y mas constantes afecciones que un hombre de vuestro carácter. ¿No se diria, al oiros, sino que sois el mas perfecto modelo de fidelidad? Vuestra primera mujer muere; muy poco despues tomáis otra que repudiáis, y yo soy la tercera. Juzgais de los otros por vos mismo, y por esto juzgais mal. En cuanto á nosotras, mujeres de filósofos, que hacemos, como ellos, profesion de una virtud austera, nos es mucho menos lícito volvernos á casar. Si lo hiciéramos, nos volveriamos ob-

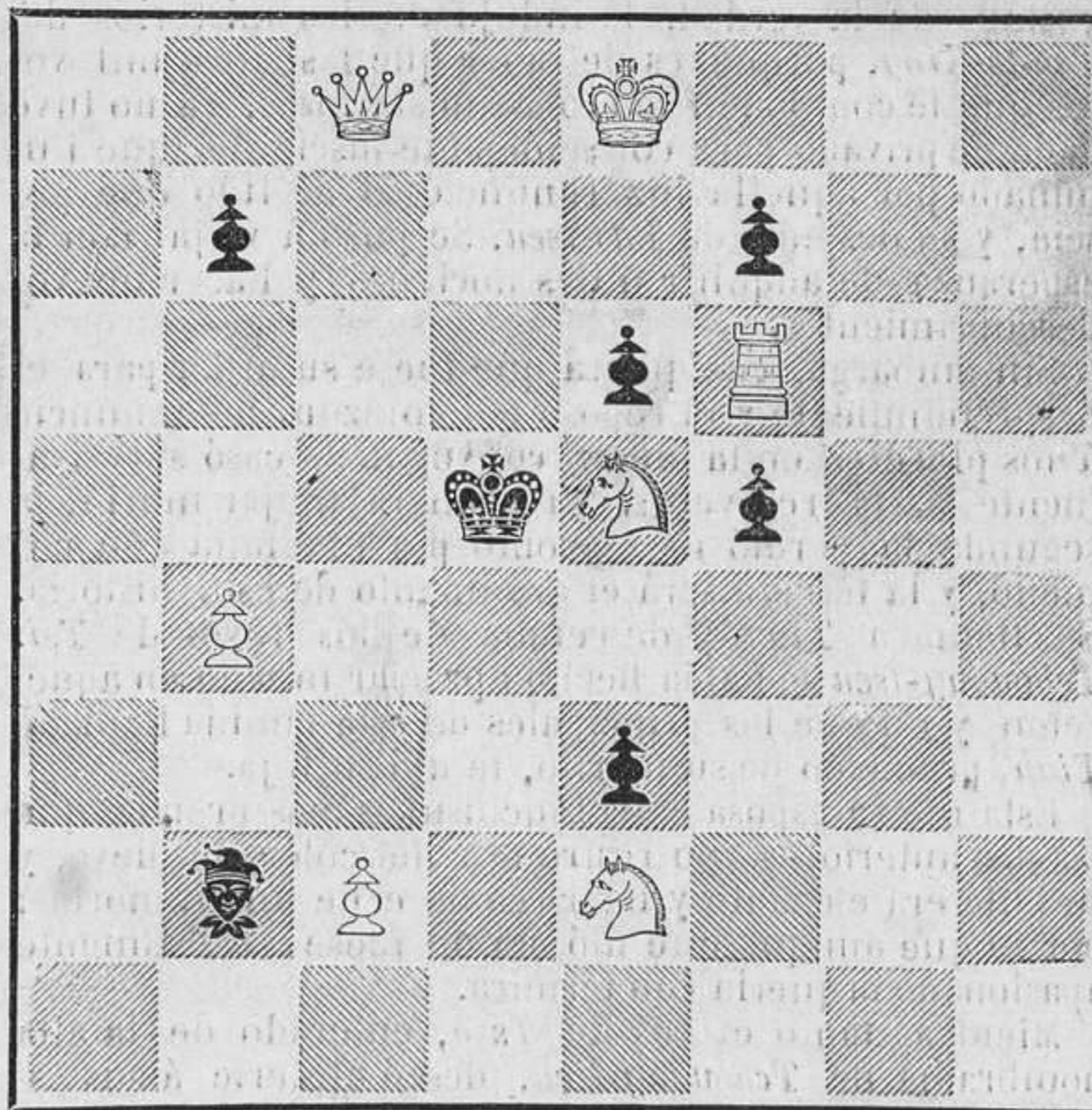
### Problemas de ajedrez.

Solucion del número 290.

- |   |               |                     |
|---|---------------|---------------------|
| 1 | C 5ª Rª       | C toma Rª ó 3ª A Rª |
| 2 | A 4ª AR jaque | R juega             |
| 3 | T jaque-mate. |                     |

PROBLEMA NÚMERO 291, POR M. VICTOR GORGIAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

jeto de escarnio. Pero vuestra salud es buena: ¿de qué sirve este lenguaje, y qué gusto tomáis en afligirme?

Entonces, sin decir nada mas, coge el abanico que tenia su marido, se lo quita de las manos llena de despecho y le hace añicos.

— Calmaos, dijo Tchouang-tseu, vuestra vivacidad me da gusto, y estoy sumamente contento en veros tan susceptible.

La dama se calmó en efecto, y mudaran de conversacion.

Pocos dias despues, Tchouang-tseu cayó peligrosamente enfermo y llegó muy pronto á la muerte. La dama Tian no dejaba la cabecera, derretíase en lágrimas y prorumpia en continuos sollozos.

— Por lo que veo, dijo Tchouang-tseu, no me quedan ya muchas horas de vida; esta noche ó mañana nos daremos el último adios... ¡Qué lástima que hayais roto el abanico que os habia traído! os habria servido para secar la tierra de mi tumba.

CELESTINO GALLI.

(Se continuará.)

### Las nuevas adquisiciones

DEL JARDIN DE PLANTAS.

Los caballos que reproduce nuestro dibujo pertenecen al Museo de historia natural de Paris, al que los ha cedido el Jardin de Aclimatacion. El establecimiento del bosque de Boulogne ha recibido de Islandia unos cuantos caballos diminutos, tan notables por su escasa altura, que no pasa de 0<sup>m</sup> 78, en el crucero, como por su largo pelo, que forma un verdadero vellon.

Por casualidad hemos visto esquilar estos últimos dias á los caballos que aun posee el Jardin de Aclimatacion, y nada puede dar una idea del grueso de ese vellon y de la finura del pelaje.

Los caballos islandeses son de la misma raza que los de las islas Shetland. Sus formas no son malas. Tienen mucha fuerza, y á pesar de su aspecto de perros de Terranova son capaces de arrastrar ó cargar pesos considerables relativamente. En su pais viven en un estado de libertad casi absoluto, y sin ningun abrigo sufren la intemperie.

Sin duda á esta raza de caballos pertenecen unos que posee un mozo de los mercados de Paris. Como no tiene caballeriza, el mozo en cuestion habia alojado su caballeria en el granero y la subia y bajaba en un cesto, por medio de la garrucha que se emplea en el servicio del forraje.

A. D.